

Oswaldo Baigorria
Mauro de Angelis
Matías Moscardi
Gloria Peirano
Tamara Tenenbaum
Gabriela Álvarez
Raquel Guzmán
Luciano Saracino
Julia Armfield
Jazmina Barrera
Gonzalo Heredia
Clyo Mendoza
Diego Zúñiga
Belén Campero
Julia Coria
Verónica Sukaczer

FILBA NACIONAL MAR DEL PLATA

FILBA SANTIAGO DE ESTERO

FILBA INTERNACIONAL BUENOS AIRES

FILBITA BUENOS AIRES

© Textos de los **Festivales Filba internacional, Filba Mar del Plata, Filba Santiago del Estero y Filbita**

Gabriela Álvarez
Julia Armfield
Osvaldo Baigorria
Jazmina Barrera
Belén Campero
Julia Coria
Mauro De Angelis
Raquel Guzmán
Gonzalo Heredia
Clyo Mendoza
Matías Moscardi
Gloria Peirano
Luciano Saracino
Verónica Sukaczer
Tamara Tenenbaum
Diego Zúñiga

Selección de textos: Amalia Sanz, Larisa Chausovsky,
Catalina Labarca, Victoria Rodríguez Lacrouts y María
Luján Picabea.

© Filba 2022

Fundación Filba

Honduras 5574, Palermo, CABA
Buenos Aires, Argentina

www.filba.org.ar – info@filba.org.ar

Presidente: Pablo Braun

Director General: Hernán Rosso

Directora: Amalia Sanz

Contenidos Festivales Filba: Catalina Labarca y Victoria Rodríguez Lacrouts

Contenidos Filbita y Filba Escuelas: Larisa Chausovsky y María Luján Picabea

Filba Escuelas y Laboratorio Filba: Anne-Sophie Vignolles

Relaciones institucionales: Daniela Ini

Comunicación y diseño: Maira Purman

Eterna Social Club y redes: Lala Toutonian



COMPENDIO DE TEXTOS 2022

FILBA NACIONAL MAR DEL PLATA

FILBA SANTIAGO DE ESTERO

FILBA INTERNACIONAL BUENOS AIRES

FILBITA BUENOS AIRES

Oswaldo Baigorria
Mauro de Angelis
Matías Moscardi
Gloria Peirano
Tamara Tenenbaum
Gabriela Álvarez
Raquel Guzmán
Luciano Saracino
Julia Armfield
Jazmina Barrera
Gonzalo Heredia
Clyo Mendoza
Diego Zúñiga
Belén Campero
Julia Coria
Verónica Sukaczer

Índice

FILBA MAR DEL PLATA

- 6 ***Carta a una amistad improbable***
Oswaldo Baigorria
- 13 ***El mar***
Mauro de Angelis
- 15 ***Remake de "Me acuerdo" en clave mar***
Matías Moscardi
- 20 ***Bitácoras del Filba***
Gloria Peirano
- 22 ***Sobre el mar: nada puede pasarnos***
Tamara Tenenbaum

FILBA SANTIAGO

- 25 ***Sobrevivir a la herencia de los silencios***
Gabriela Álvarez
- 27 ***Palabras que vienen de lejos I***
- 29 ***Palabras que vienen de lejos II***
Raquel Guzmán
- 31 ***Súcuru Miel***
Luciano Saracino

FILBA INTERNACIONAL

- 34 **Londres**
Julia Armfield
- 38 **9 sobrevivientes**
Jazmina Barrera
- 41 **Solo un pájaro**
Gonzalo Heredia
- 45 **Lo que se dieron entre sí las sombras**
Clyo Mendoza
- 49 **Viva el resentimiento**
Diego Zúñiga

FILBITA 2022

- 52 **Esa relación animal con el mundo**
Belén Campero
- 55 **Mi pingüino, mi lobo y yo**
Julia Coria
- 57 **Elogio del cemento**
Verónica Sukaczer

Carta a una amistad improbable

Oswaldo Baigorria

Buenas noches. Lo primero que quiero expresar es agradecimiento por haber sido invitado a dar la conferencia inaugural de este Filba nacional, un espacio por el que han pasado otras escritoras y escritores estimulantes para la literatura argentina, y también decirles que el reconocimiento que implica esta invitación me tomó por sorpresa y me dejó algo perplejo. Fue una sensación de sorpresa y de perplejidad, creo, porque que a lo largo de mi vida he hecho muy poco de eso que podría llamarse el "trabajo de escritor": trabajo en el sentido de alguien que va a congresos y festivales, se reúne con editoras y agentes, escribe o dice que escribe varias páginas por día, hace sus deberes, se ocupa en dar conferencias, charlas, y se especializa en el oficio de charlista, por no decir otra palabra más vulgar, o sea, alguien que aparece como trabajador del discurso dentro de ese campo llamado "la literatura", un terreno en el que se mueven personas denominadas "escritores/escritoras"

De hecho, hubo años, lustros, décadas de mi vida en las que me he dedicado a muchas otras cosas menos a escribir, y cuando empecé a engendrar mis primeros

poemas adolescentes no se me ocurría que eso era o podía ser un trabajo. Quizá por una limitación propia de mi extracción de clase -de familia obrera-, a la palabra "trabajo" siempre la asocié a una actividad bien o mal remunerada que uno hace para ganarse la vida. Cuando trabajé como periodista en diarios y revistas, tuve claro de qué se trataba esa actividad, así como hoy tengo claro que no toda escritura es literatura. Y cuando escribí artículos sobre diversas expresiones contraculturales, supe que la motivación iba más allá de ganar el pan con el sudor de mi frente, porque mediante esos textos intentaba con cierta inocencia aportar algún granito de arena para cambiar, mejorar, transformar el mundo en el que vivía. Tampoco eso era precisamente literatura, a menos que coincidamos con Mario Levrero cuando escribió que quizá el destino de toda cosa en el universo, tal vez incluso el universo mismo, sea convertirse en literatura.

En cuanto a las tres mayores acepciones que tiene el término literatura, que según César Aira son: a) el conjunto de obras escritas en los distintos países; b) la institución que reúne a la actividad literaria, con

sus críticas, congresos, programas educativos, autores, editoriales, etc.; y c) la literatura como un arte que practican individuos llamados “escritores”, me quedaría con esta última acepción como referencia, pese a que con ella se plantean otros problemas; por ejemplo, quiénes son esos individuos que practican este arte. No voy a intentar aquí discernir qué es y qué no es hoy literatura, ni qué relación ella puede establecer con lo que es designado como “trabajo”: sobre estas cuestiones tengo más preguntas que respuestas. Sí les aseguro que la preparación de esta conferencia me ha dado mucho trabajo y no sé en qué medida será un aporte significativo al tema que se me propuso al momento de la invitación a inaugurar el festival. El tema era pensar la relación entre literatura y amistad. Y pensarla desde mi experiencia particular. Pues bien: la propuesta me movilizó y me incitó a evocar mi relación personal con otros escritores y escritoras, y mi propia relación con esa entidad o autoidentidad discutible llamada “escritor/a”.

De la amistad, no sé qué decir; quizá podría decir algo sobre la camaradería. Acerca de la amistad se ha dicho y reflexionado en abundancia desde Aristóteles, Epicuro y otros hasta Derrida y Agamben, si bien las traducciones han ido traccionando y traicionando esos pensamientos hasta nuestros días al punto en que es legítimo sospechar que esos filósofos hablaban de otra cosa al decir amistad. Sin saber griego, tengo entendido que los antiguos compartían en cierto modo la misma expresión para amor y amistad. Y que por “amigos” (philoí) a veces querían decir “amantes”. También es sabido que el amor en la antigua Grecia era ante todo amor por los muchachos, los chongos, los chicos más lindos. Para complejizar aún más el

asunto, hay especialistas que han estado en desacuerdo frente a la traducción de formulaciones esenciales, por ejemplo, si Aristóteles habría dicho antes de morir “aquél que tiene muchos amigos no tiene ningún amigo” (algo bastante lógico y que hoy vemos claramente ante la cantidad abrumadora de contactos que en las redes sociales se llaman “amigos”, desconocidos que solo enviaron “solicitudes de amistad”) o si Aristóteles en realidad dijo “Oh amigos, no hay amigo” (en singular). Lo cual es más paradójico. En esta última fórmula no habría ningún amigo: en ella se sugiere que hay personas a las que llamamos amigas, amigos, amigos cuando en realidad ahí afuera solo hay fantasmas, ilusiones. Las relaciones son precarias, cambian, se alteran, se desplazan, se acercan o se alejan por infinidad de malentendidos o nuevas situaciones. Nietzsche interpretó esa frase de Aristóteles como: “Sí, hay amigos, pero es el error, la ilusión lo que les lleva a ti; y les fue preciso aprender a callarse para quedar amigos; pues casi siempre tales relaciones se basan en que jamás se dirán ciertas cosas”. Y esto es, me parece, todavía más verdadero entre dos personas que se llamen a sí mismas escritoras o escritores.

Entre las condiciones de la amistad aristotélica se encontraba la semejanza, además de la confianza y la reciprocidad; sin embargo, entre dos personas que se auto perciben escritoras no se dan fácilmente esas condiciones. Y por eso tal vez no pueden ser realmente amigas. Si examino mi relación con Néstor Perlongher, con quien -como alguna gente sabe- he tenido una cercanía privilegiada por haberlo conocido antes de que fuese reconocido como poeta y ensayista, me pregunto: ¿éramos acaso semejantes, confiábamos enteramente uno en el otro? Para nada. No éramos



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

8 semejantes. Se desarrolló una confianza que desde luego nunca fue completa ni absoluta, aunque compartimos una sensibilidad y una definitiva camaradería en nuestras investigaciones e intervenciones de principios de los años 70. En ese momento yo trabajaba como artesano y periodista free lance y no se me ocurría convertirme en algo que pueda definirse como “ser escritor” ni participar en ninguna carrera o actividad dentro del campo de la literatura. Néstor- la Rosa (por Luxemburgo)- Perlongher fue mi maestra y fuente de inspiración y lecturas en aquella etapa clave de mi vida, a los 21-22 años. Lo conocí cuando él militaba en el Frente de Liberación Homosexual, que había cofundado junto a otros activistas, y luego dentro del grupo de estudios que fundamos juntos, Política Sexual, un grupo que proponía alianzas con feministas y otras disidencias sexuales y que duró algunos años hasta que se disolvió por diversas razones, entre las que se cuentan el paso del tiempo y por supuesto la desbandada y el éxodo ante la creciente represión en el país.

En 1973 escribimos a dúo un documento llamado “La moral sexual en la Argentina”, en el cual también aportaron ideas Sarita Torres y Eduardo Todesca, entre otras, y que salió firmado como grupo Política Sexual, sin firmas individuales. Hoy me pregunto: ese documento ¿era literatura? No era una pregunta a hacerse en aquellos tiempos. Perlongher fue quien sugirió casi todas nuestras lecturas y por su formación y personalidad puede decirse que fue la figura dominante, no solo dentro del grupo, sino dentro de la misma relación que tuvimos entre nos. Aquí es posiblemente el lugar de recordar la afirmación de Jacques Derrida de que toda relación de amistad es una relación política y

una relación de poder. Lo cual no es malo en sí mismo si hay consentimiento, si ese poder es aceptado, intercambiado o alternado sin demasiado conflicto, y si no suprime por completo las capacidades y poderes de la parte no dominante en el juego de la amistad. Pero es inevitable que, si hay poder, surjan resistencias y que a lo largo de los años se den caricias, fricciones, lastimaduras, tropezones, encontronazos, quizá golpes, desacuerdos y distancias.

A principios de la década de 1970 Perlongher tenía ya escritos algunos poemas, pero a la mayoría los leí años más tarde, cuando yo vivía en una comunidad de los bosques canadienses y recibía sus cartas, con una interesante asimetría: esas cartas tuyas ocupaban a veces dos o tres páginas, en contraste con las mías, que eran breves esquelas, postales, y por otra parte nunca me animé, por vergüenza, a mostrarle mis poemas, que eran más bien para leer o recitar en público, poniendo el cuerpo en escena, como hacían poetas de la generación beat que tuve la suerte de ver en persona: Ginsberg, Ferlinghetti, Gregory Corso, Diane Di Prima y otras. Pero también sabía que la Perlongher podía leer en público y hacerlo muy bien y, además, sus versos se sostenían perfectamente en el papel impreso. Sólo que eran demasiado barrocos para mí. Se lo hice saber en alguna misiva; no le gustó. Me respondió: “La belleza de tu carta no logra -ni quizá pretende- disimular la agudeza de tus juicios, la disparidad de nuestras perspectivas. Separados por lustros y continentes -lustros incontenibles y continentes lustrosos- disparamos en pos de cornucopias que solo en lo aparente se contradicen. Tu búsqueda, la mía. Los milagros del idioma, de la manutención de este estirado balbuceo”. Perlongher me había mandado por correo su primer libro,

Austria/Hungría, hasta aquella comunidad boscosa del Canadá, con una dedicatoria que incluía a mi pareja y que decía “a mis remotos amigos polares, este circo subtropical”. En ese libro de 1981 había joyas como “Por qué seremos tan hermosas”, ese poema que dice “Por qué seremos tan perversas, tan mezquinas/ tan derramadas, tan abiertas/ y abriremos la puerta de calle al/ monstruo que mora en las esquinas”. Y otros versos conmovedores, pero a veces el barroquismo de la Perlongher me anonadaba. Después de leer “La murga, los polacos” ese poema que empieza con “Es una murga, marcha en la noche de Varsovia, hace milagros/ con las máscaras, confunde/ a un público polaco/ los estudiantes de Cracovia miran desconcertados/nunca han visto/ nada igual en sus libros”, le habré hecho algún comentario crítico, tal vez una observación de muchacho ingenuo y con poco tacto, porque Perlongher respondió: “Me ha costado -reconozco- digerir los certeros hachazos (¿de leñador?) de tu crítica. La irrealidad, la impronunciabilidad: refugiado en el vano castillo de las palabras, ¿dónde está el hombre? (Puig) que no lo veo? Yo tampoco sé dónde queda Cracovia, ni me importa: es nada más por el crujir de esas consonantes que la invoco”.

Bueno, debo admitir que ese libro y esas cartas me dejaron una tremenda enseñanza. Un título que pensé originalmente para esta exposición era “Carta abierta a una amistad imposible”. Cambié imposible por improbable, no sólo porque no quería cerrar el sentido y sí dejar la puerta abierta al sonido; lo cambié porque hoy sé que, en literatura, invocar el crujir de esas consonantes es lo que más importa. Pasa lo mismo que con términos como amistad, amor, amante: más allá de sus significados, es por correspondencia, por con-

sonancia, que aquí y allá los invocamos.

Lo indecible, lo impronunciable, la intensidad que no podía pasar a otros códigos sin perder potencia, estaba en esas cartas que podían ser vigiladas y controladas por los agentes que la dictadura militar tenía en el correo argentino, con certeza, dado que muchas llegaban con los sobres medio rotos y vueltos a pegar, como si hubieran sido abiertas y leídas. Cartas abiertas. Cuando Perlongher decidió exiliarse en Brasil me escribió: “Insostenible, parto, harto. La fascinación de los botones -oh, elegías del entrelineado- me ha depa- rado, nuevamente, sombrías estadas. Cuyo relato ahorro”. Ahí están los botones, los policías, las “sombrias estadas” de Néstor Perlongher en comisarías, esas caídas a causa de su orientación sexual y su deseo vagabundo en la calle. Su barroquismo de trinchera estaba en ese entrelineado de lo que se podía y lo que no se podía decir en una carta en plena dictadura para no ser detectado, fichado, detenido, pero también era una lengua política en la acepción más amplia del término, una línea de fuga apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura en manos de un enemigo que no se hallaba solo en el Estado sino en la misma lengua, en la sujeción a un límite, en el dominio de un imperio moral, en el oprobio de ese monoteísmo del sentido único que una y otra vez se impone como lenguaje políticamente correcto de la vida en sociedad.

Pocos años después de la muerte de Perlongher, que ocurrió en 1992 a causa del sida, junto a otro compañero o camarada del camino, Christian Ferrer, nos pusimos a compilar sus ensayos en un libro que titulamos Prosa plebeya. El prólogo del libro fue escrito a cuatro manos: Ferrer escribía un párrafo, me lo enviaba, yo



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

10 escribía el siguiente continuando sus ideas y desarrollando las mías después de agregar algún conector, y se lo reenviaba en un ida y vuelta completamente fluido, igualitario y anti jerárquico. Nadie observó ni corrigió los párrafos o frases del otro, desarrollando el texto en común con una autonomía, horizontalidad y complicidad notables, al punto en que sería difícil decir quién escribió qué dentro de ese prólogo ¡Y eso que teníamos estilos muy diferentes!

Ese prólogo a la obra ensayística de la Perlongher, ¿era también literatura? Tampoco pensaba en eso en aquellos tiempos. Había publicado ya mi primera novela, pero no se me ocurría haber hecho una contribución a la literatura argentina ni pensarme a mí mismo como escritor. Supongo que había escrito por necesidad de expresarme, por el placer de contar un relato, por homenajear a personas que habían atravesado experiencias que creía eran de interés, por la expectativa de despertar algún aplauso, algún reconocimiento, alguna mirada seductora y seducida entre quienes me leerían, me parece.

También en esa década del 90 tuve otra experiencia de escritura en colaboración en un grupo de cuatro integrantes que éramos -o nos considerábamos- amigos: el mismo Christian Ferrer, Guido Indij y Carlos Gioiosa, apodado Cutral, un memorioso lector autodidacta de Puerto Madryn que falleció pocos años después. Cutral fue quien aportó la mayoría de las ideas para los manifiestos de la llamada Fundación de Alergia al Trabajo, entre ellas un relato satírico sobre la declaración del 2 de mayo como Día Internacional del Ocio. Todo eso ¿era literatura? No lo sé, pero los manifiestos se produjeron mediante una escritura a ocho ma-

nos, aunque a veces Cutral dictaba y yo solo tipeaba en el teclado y así fueron saliendo los textos firmados por el grupo entero, sin nombres individuales.

Ahora bien: ¿quién afloja, quién no, quién tiene el poder y cuándo y cuántas veces lo tiene en una relación entre personas que comparten y hacen circular entre sí sus escritos? Esa relación rara vez es desinteresada y nunca podrá ser simétrica. Siempre habrá influencias, préstamos, robos, apropiaciones conscientes o inconscientes, cálculo y conveniencia. Incluso cuando escribimos a solas y le ponemos nuestra firma a una obra estamos escribiendo en colaboración, una colaboración que pasa inadvertida, que se oculta. ¿Cuántos textos se han producido leyendo o conversando con otros textos y personas, incluso inmediatamente después de un encuentro oral? Nunca hay un yo que escribe, hay muchos yoes, no solo porque “yo” es muchos y porque “yo” es un agenciamiento de voces precedentes y sucesivas que se encontraron en un punto, en una coma, en un párrafo. Uno es hablado por la lengua, que no es individual. Aparece una sola firma al final, pero esa apropiación es tal vez solo efecto del paradigma de la propiedad privada, de la obligación y del hábito de singularizar en una sola persona jurídica la responsabilidad de lo escrito.

Y a veces la apropiación de la obra por parte de un individuo singular puede ocasionar tensiones o equívocos, en particular si se mencionan nombres, o si los disfraces no son lo bastante eficaces dentro de algo que es considerado ficción, por el interrogante de cómo será leído el otro (amigo, amiga) en esa escritura, una escritura que es pública, no privada, dado que cada cual puede pensar y decir lo que quiera de sus

amistades pero en secreto, sin que se enteren; ahora, cuando eso se publica, los trapitos salen al sol y ahí con toda probabilidad se va a producir algún daño.

¿Uno quiere realmente saber lo que piensan las personas que llama amigas de sí mismo? No lo creo. Mucho menos entre escritoras y escritores, un mundo lleno de vanidades, de rivalidad, de envidia, de ególatras que compiten, manipulan, ocultan, mienten y revelan solo lo que le conviene. Reconozco mi ambivalencia ante ese mundo: a largo de mi vida oscilé entre evitarlo o acercarme por un rato para después huir, en parte por miedo, en parte para preservar mi salud mental.

Por algunas de estas expresiones pensarán que estoy atacando injustamente a este mundo o ambiente llamado literario, pero debo decir que, si bien me llevó un tiempo darme cuenta, hoy sé que este mundo no es muy diferente al resto del planeta que vive bajo el capitalismo, bajo la ley del más fuerte, la codicia, la ventaja y la ilusión de la fama, el prestigio y el poder del dinero. La figura mítica del Autor, con mayúsculas, reina sin obstáculos en estos mundos. Poco sé de cómo se relaciona con esa realidad el arte llamado literatura, pero pienso que, como mínimo, este arte se despliega como una carta abierta a la multiplicidad de voces que nos precedieron y que nos seguirán y completarán lo escrito con el arte de la lectura.

Pienso también que cuando alguien se sienta sola, solo a escribir, lo sepa o no lo sepa, estará dialogando con esas otras que la van a leer, más tarde o más temprano. Y esto es evidente en la interacción con quienes editen los textos a publicar. No puedo sino estar agradecido con todas las editoras y editores que supie-

ron mejorar mis textos antes de su publicación. Aquí mencionaré solo a dos por razones de tiempo y espacio y porque son quienes tuvieron más intervención en lo que he publicado: Francisco Garamona, el editor de Mansalva cuando escribí mi libro *Sobre Sánchez*; y María Moreno, mi editora en tiempos de escribir y publicar mis libros *En pampa y la vía* y *Correrías de un infiel*. María observó los borradores de esta última novela y me orientó para el cruce de fronteras entre géneros, además de cumplir otras funciones que toda buena editora o editor tiene que saber manejar para imponerse sobre las neurosis y el apego autoral a la hipnosis de las propias palabras.

A veces estas funciones les salen mejor a personas que no consideramos amigas, justamente porque las relaciones con estas últimas suelen basarse en que jamás se dirán cosas que incomodan. Por eso mismo nunca terminamos de conocerlas. El mito o la ilusión de una amistad hipostasiada, es decir, sedimentada, con sustancia propia y definitiva, nos oculta el rostro profundo de la amiga o amigo que en realidad es nuestro propio rostro reflejado en un espejo deformado y rústico, como decía Nietzsche en ese libro terrible y lúcido que es *Así habló Zaratustra*, donde formuló un aforismo que hoy comparto plenamente: “existe la camaradería; ojalá existiera la amistad”.

Por suerte en estos últimos años pude desarrollar vínculos de afecto con escritores que sí han sabido decirme a cuánto de lo que había escrito le sobraba o le faltaba algo, como Ricardo Strafacce y Ariel Idez. Más allá de si hubo reciprocidad en los momentos en los que compartimos borradores, de si ellos me ayudaron a mí más que yo a ellos, que creo que es lo que sucedió



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

12

hasta ahora, pienso que ese ida y vuelta es imprescindible para la vida en común, esta vida en la que existimos para soportarnos, en el sentido de darnos soporte y ayuda en la que medida en que podamos mientras estamos aquí, sin olvidar que somos mortales, en una época terrible y convulsionada por guerras, plagas, catástrofes del clima, autoritarismo y demencia general. En el medio de todo eso las relaciones van y vienen, transitorias como todas las cosas, y con frecuencia solo basta el cambio de un elemento o circunstancia para que esas relaciones se modifiquen, tomen otro rumbo y queden en el recuerdo. Lo que no quita que el trecho que nos haya tocado recorrer juntas pueda ser alumbrado en la memoria por el brillo de una intensidad y una lealtad que la transitoriedad difícilmente podrá opacar. Sólo por eso estoy agradecido de haber conocido a todas estas personas que a falta de un mejor término he llamado amigas, aun sabiendo que es imposible conocer ni probar cuánta amistad hubo en cada caso y en cada momento, tan imposible como cuantificar el amor que se siente fluctuar, plegarse y licuarse en la memoria.

En fin, he pasado por varios lugares y he tratado con gentes diversas y tengo en mi experiencia que los vínculos humanos funcionan como tales sólo durante algunas etapas en la vida, de un modo que tal vez pueda llamar epicúreo, o sea, sin idealización, sin demasiado apego, en especial si se trata de personas autónomas que van por su propio camino y un día se cruzan, se encuentran, se reconocen, comparten un proyecto, una obra, una parte del sendero y luego cuando eso se termina, aceptan el hecho de que cada cual seguirá su camino, su ruta, su destino. Solo podemos desear que ese destino sea de coincidencia de ideas y de sueños

durante un tiempo y un espacio determinados. Tal vez con eso alcanza. Nada sé de la amistad, pero a eso lo llamo camaradería. Muchas gracias.

El mar

Mauro de Angelis

13

A fines de la década del setenta, en una inexplicable jugada inmobiliaria, nos mudamos de Boedo a una casita al costado del acceso sudeste, en Wilde. Mis viejos ansiaban una vida suburbana; que mi hermano recién nacido, y yo, con mis cuatro años, creciéramos en un patio, cerca de la naturaleza, lejos del humo capitalino. Loable intención, sin duda, pero las cosas no salieron bien. El chalet, en apariencia sólido, con su frente de piedra y una orgullosa columna griega en la entrada, nos sorprendió -demasiado pronto- con todo tipo de problemas: voladuras de tejas, caños rotos, humedad. El patio resultó imposible de domar, con alimañas que se negaban a compartir su territorio. Lo más opresivo, sin embargo, estaba fuera. Vivíamos delante del terraplén de la ruta. Una montaña altísima de pasto reseco que tapaba el horizonte o lo que hubiera atrás del acceso.

Nos mudamos a Barracas. Un departamento amplio, en una calle empedrada. Frente a nuestro balcón había una funeraria muy exitosa. Me acuerdo del mármol oscuro de la fachada, de los vidrios espejados. Todos los días, grandes autos negros pasaban lentamente so-

bre el empedrado; el crujido de metales y maderas se sentía como una advertencia; en verano, el olor de las coronas recalentadas por el sol, inundaba el departamento. Era un primer piso. A veces, se oían llantos. Mi vieja bajaba el volumen del televisor, en señal de respeto. Mi viejo suspiraba.

¿Me alejo del tema que nos convoca? Tal vez empecé demasiado atrás. Tal vez estoy con un espíritu negro y solo recuerdo detalles sombríos. O me entrego sin escrúpulos a la invención, como hago siempre.

Todos hemos leído esas noticias donde alguien dice “Renuncié a mi puesto de CEO de una multinacional y ahora recorro el mundo en bicicleta”. Muchas veces son familias. “Vendimos todo y llegamos a Alaska haciendo dedo”. Nos sonríen desde su mundo móvil, en la cúspide del desapego. Acaso aprendieron una lección viviendo en jogging, lavándose la cara en estaciones de servicio. Nosotros, ¿qué aprendimos? ¿Cuántas veces se mudan las familias? ¿Por qué no encontramos nuestro lugar? ¿Qué buscábamos? Barracas tampoco alcanzó. No puedo decir que nos atravesara



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

14 la tragedia. Creo que éramos felices. De todas formas, algo andaba mal. Un día, nuestros deseos tomaron la forma de esta ciudad idealizada. Ahora sí, un último viaje. Hasta el CEO más rebelde deja su bicicleta y se establece. Vendimos todo y vinimos para siempre a Mar del Plata.

Se me ocurre que la casa de Wilde tenía –vista desde la ruta- el estilo del barrio Chauvin. El departamento de Barracas era similar al que compramos cerca de la Peatonal. Logramos una síntesis, como quien perfecciona un trazo. Seguro hay otras simetrías que se me escapan.

Sin embargo, nada anticipaba al mar.

Ahí estaba. El inmenso, el peligroso, el que admite todos los adjetivos. Fui un niño deslumbrado por su presencia. Barrenaba las olas, con mi tabla de telgopor. Estaba horas en el agua, como si quisiera vengarme de tantos años de sequedad.

Nunca aprendí a nadar y un día casi me ahogo tratando alcanzar la C de Celusal. ¿El miedo me alejó? ¿Me aburrí? Tras el deseo consumado, el amante se repliega. Otras formas de placer y de hundimiento ocuparon su lugar. Ahora me acerco, una o dos veces al año, con el agua hasta la rodillas y dándome ligeros refrescos con las manos, como los viejos.

Es probable que ese distanciamiento me convierta en un marplatense promedio. Siempre tuve la impresión de que, salvo los surfers y la gente de la pesca, los locales no tienen una relación estrecha con el mar. Quienes viven cerca de un río no pueden evitar que aparez-

ca en su conversación y en sus obras. En Córdoba un guía me habló diez minutos del pájaro mecánico de un reloj. Quizás, como jugadores con la suerte de su parte, somos reservados.

Es una indiferencia estimulada por la certeza de su disponibilidad: el mar está ahí. La ciudad se expande cada vez más lejos de la costa y de su pasado ilustre. El mar seguirá.

Es exagerado decir que me ayuda a pensar, no quiero hacerlo responsable, pero el año pasado, mientras me divorciaba, venía todas las tardes a Varese. Era un rito necesario. Caminaba hasta el Torreón, me sentaba en los murallones y, tras tiritar reflexionando sobre lo inexorable, volvía a casa a embalar mis libros.

Lo reencontré, de mejor forma, cuando llevé a mi hija a la playa por primera vez. Ella se asustaba, corría las pequeñas olas en la orilla. Es probable que por esas escenas le deba una alabanza, aunque ya ha tenido tantas... ¿Y si está cansado de nuestro palabrerío? Hay un poema que habla de callar hondamente frente al mar hondo. Me parece justo.

Él nos espera para acompañarnos en la felicidad y en las penas. Es un amigo que ha vivido demasiado y que nos susurra, tolerante, lo mismo una y otra vez: éste es el presente. No hay más.

Remake de “Me acuerdo” en clave mar

Matías Moscardi

15

Me acuerdo de mi primer barrenador. Era de telgopor. Me lo había regalado mi mamá y el día del estreno una ola lo partió por la mitad. Me acuerdo que para consolarme mi mamá me dijo: «¡Ahora tenés dos barrenadores!»

Me acuerdo de las tramas de espuma que dejan las olas cuando rompen sobre la orilla.

Me acuerdo de la arenga en un poema de César Fernández Moreno: «al mar hay que escribirlo, hay que volverlo palabras».

Me acuerdo de un huracán que vi desde la terraza de un hotel en Villa Gesell, formándose encima del mar como una nave nodriza de algodón sombreada con carbonilla.

Me acuerdo del día que comí arena.

Me acuerdo del olor a marea roja.

Me acuerdo de un caballo blanco en la orilla de una

playa en Mar de las Pampas, con un jinete metalero que llevaba un buzo de Iron Maiden.

Me acuerdo del OVNI que vimos con mi primo sobrevolar entre las olas, al final de una tarde de verano, cerca del vivero de Miramar.

Me acuerdo de la única clase de *surf* que tomé en mi vida. Les había hecho una nota a unos *free riders* para la revista THC y me invitaron a su escuelita de *surf*. Fue un desastre. Por eso siempre tuve *body*. Es más fácil: no hay que pararse, vas con el cuerpo pegado a la tabla. Es como un barrenador para adultos que no pueden surfear.

Me acuerdo de haber pensado que Odiseo es el primer surfer y que hacer equilibrio sobre una tabla encima de una ola es una hazaña épica reservada para semidioses ágiles y esbeltos que llevan una dieta keto.

Me acuerdo que Borges en un poema se pregunta: «¿Quién es el mar?» Y yo me pregunto: «¿Borges habrá tragado agua salada?»



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

Me acuerdo de los edificios del centro de Mar del Plata vistos desde la escollera como un código de barras flotando sobre mar.

Me acuerdo de un beso en una casilla de guardavidas.

Me acuerdo de la vez que me picó una aguaviva. Me metí abajo de una ola y sentí un ardor en la cara. Cuando salí, tenía pegado un filamento en el cachete y me ardían los labios.

Me acuerdo de un amanecer de año nuevo en el que me metí de pepa al mar. Nadé hondo y me quedé haciendo la plancha, con los iones marinos entrando por los poros, en alianza con el ácido. Hasta que un haz de luz se proyectó desde las nubes y yo, que no creo en dios, pensé: «Si creyera en dios, este haz de luz entre las nubes sería dios».

Me acuerdo de un atardecer en Monte Hermoso frente al mar. El cielo parecía el incendio de un dios pirómano.

Me acuerdo de la vez que nos metimos a surfear de noche con un amigo en medio de una tormenta eléctrica. (Yo siempre con el body). Los relámpagos titilaban en el horizonte como tubos fluorescentes a punto de quemarse. No veíamos las olas: sentíamos cómo se inflaban abajo de nuestras tablas. No pudimos agarrar ni una.

Me acuerdo de un gorro de Mickey que se me voló y se lo llevó una ola. ¿Seguirá estando en el mar o alguien lo habrá rescatado?

Me acuerdo de un perro que le ladraba a la rompiente.

Me acuerdo del viento, tatuando sus ondas en la piel líquida del mar y de dudar si era el mar tatuando sus olas en la piel invisible del viento.

Me acuerdo de la vez que me caí de una ola y casi me ahogo. Quedé hundido sin aire y desorientado: no sabía para dónde era arriba y para dónde abajo. Empecé a tragar agua salda –me acuerdo del gusto al agua salada– y después de varios segundos de tirar manotazos para todos lados toqué con la mano el deslizador de la tabla y pude salir a la superficie. No fue gran cosa pero me desesperé bastante.

Me acuerdo que una vez en el mar me clavé una lata de Sprite abierta por la mitad en la planta del pie. Tuvieron que darme la antitetánica.

Me acuerdo de haber pensado que no me acuerdo cuándo fue la primera vez que vi el mar.

Me acuerdo de una canción que dice: «con la paciencia del mar esperaré».

Me acuerdo de mi primer tubo (el primero y el último, porque solo una vez pude lograr meterme adentro de una ola). Gritaba de la emoción y el sonido revotaba contra la pared cilíndrica de ese lavarropas industrial que centrifugaba mi voz hacia adelante como un megáfono gigantesco de espuma.

Me acuerdo de un arcoíris que caía sobre el mar con la forma de un tobogán lisérgico de agua y luz.

Me acuerdo de una vez que jugábamos a tirarnos cla-



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

vados desde la escollera con mis amigos de la adolescencia. Me tiré varias veces hasta que en una sentí un golpe indoloro en los muslos. Me quedé nadando un rato y cuando salí, tenía la malla desgarrada y las piernas chorreadas de sangre.

Me acuerdo de una novela de Bei Dao que se llama *Olas* de la que no me acuerdo absolutamente nada.

Me acuerdo del día que creí ver por la ventanilla de un taxi a mi amigo Lisandro surfеando entre las olas y horas después me enteré que la noche anterior se había matado con el auto.

Me acuerdo de perdernos, de muy chicos, en Punta Mogotes, con mi primo. El mar nos arrastró con disimulo para un costado, lejos, muy lejos de la sombrilla de mi tía. La gente aplaudió como en una lectura de poesía hasta que nos encontraron.

Me acuerdo de mi amigo el Gallo que una vez, con un viento huracanado frente al mar, prendió un porro metiendo su cabeza y sus manos adentro de su propia remera.

Me acuerdo del día en el que un lobo marino se me tiró al humo mientras flotaba sobre el body; del miedo paranormal que me dio, como si no fuera un lobo marino sino un fantasma con forma de lobo marino.

Me acuerdo de la sensación de saltar justito cuando pasa la ola antes de desmoronarse, despegar del suelo y alcanzar la cresta, como tener un súper-poder por cinco segundos.

Me acuerdo de la punzada en la sien al filtrar una ola

en invierno sin capucha.

Me acuerdo que un surfista campeón del mundo me explicó una vez que la orilla del mar es la fuente de iones negativos más grande del planeta. Me dijo: «¿Viste esas lámparas de sal que la gente tiene en sus casas para absorber la energía del wifi? Bueno, la orilla del mar es como una lámpara así pero gigante».

Me acuerdo de los calambres en los gemelos y en las plantas de los pies por usar patas de rana; bajar de la tabla y no tener suelo donde estirar el músculo; aguantar el dolor a flote.

Me acuerdo de una tarde en Puerto Madryn en la que me tiré de una piedra y me encontré con un mar lleno de cadáveres de aguas-vivas que había traído una corriente helada. Fue como nadar en una piletta de gelatina sin sabor.

Me acuerdo de la tarde que llovió cuando estábamos barrenando a pecho. Ahí entendí el dicho «llueve sobre mojado».

Me acuerdo de Thomas De Quincey, que cada vez que consumía opio veía un mar tremendo. La alucinación era tan recurrente que en un momento llegó a pensar que tenía hidrolepsia, una retención de líquido en el cerebro.

Me acuerdo que cada vez que me acuerdo del nombre de mi mamá, Marina, me acuerdo del mar y del miedo que ella le tiene al mar. ¿Los miedos son recuerdos?

Me acuerdo del ataque de risa que me dio enterarme



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

18

de que el cable que abastece de internet a todo nuestro país sale del mar, de una playa en Las Toninas. Me acuerdo del video de YouTube en el que vi cómo instalaban ese cable: parecía una escena de Fitzcarraldo.

Me acuerdo del espumón de una ola que en lugar de derrumbarse hacia adelante se combaba hacia atrás por el viento en contra que venía desde tierra, disparando gotitas que formaban con la luz del sol diminutos prismas y arcoíris de un segundo.

Me acuerdo de un poema de Marina Yuszczuk donde ella se sumerge a bucear en el mar en el poema y yo pensé: «Esta debe ser la primera vez que alguien se sumerge a bucear en el mar en un poema».

Me acuerdo del tío Ramón, que una vez se metió a buscar una pelota por hacerles un favor a unos chicos que jugaban en la playa y casi se ahoga. «Soy un gran nadador» era su frase de cabecera.

Me acuerdo de la película *Escenas frente al mar*, de Kitano. Un chico sordo que trabaja como recolector de basura encuentra una tabla rota, la arregla y empieza a surfear. Pero ¿cómo será surfear sin escuchar el mar?

Me acuerdo de una ola que bajé como en caída libre.

Me acuerdo de entrar al mar de espaldas en patas de rana.

Me acuerdo del día que casi choco con el auto por mirar las olas.

Me acuerdo de un poema de Dulce María Loynaz: «Cuando la ola viene impetuosa sobre la roca... ¿La acaricia o la golpea?».

Me acuerdo del acantilado como un cierre de paréntesis del mar que se ve desde la ruta cada vez que volvemos a casa en auto.

Me acuerdo de haberme hecho esta pregunta: «¿El mar borra o escribe? ¿Es editor o es poeta?».

Me acuerdo de un zorro que Henry David Thoreau encuentra mirando al mar y se pregunta: «¿Qué es el mar para un zorro?».

Me acuerdo del barco fantasma que navegó sin tripulación desde el puerto hasta la rotonda de Constitución en medio de un temporal en los noventa.

Me acuerdo de haber pensado que el mar hace música electrónica, es el mejor dj.

Me acuerdo de un *free rider* que me dijo: «Yo veo tubos en todos lados. Para mí todo es un tubo: voy caminando por la calle y clavo un tubo».

Me acuerdo de una tarde sin olas en donde usamos las tablas como botes y llegamos muy hondo para ver la ciudad desde el punto de vista del mar.

Me acuerdo de la hipérbole: «Llorar un mar de lágrimas».

Me acuerdo de la comparación: «los recuerdos como olas». Si clasificáramos los tipos de olas, entonces ten-



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

dríamos los tipos de recuerdos: los que revuelcan, los que elevan, los que son pura espuma, los que dan miedo, los grandes y los chiquitos, los que rompen en un glass perfecto y los que se derrumban como glaciares.

Me acuerdo de la película de John Carpenter en la que una ola arrasa la ciudad de Los Ángeles y lo vemos a Kurt Russell, tuerto, con un parche de pirata, surfearlo entre rascacielos.

Me acuerdo de dos versos de Urdampilleta: «Me voy al mar a reírme/ para volverme rico». Siempre me hizo reír mucho eso: que reír hiciera rico al poeta.

Me acuerdo de la tarde en la que mi hijo Fermín, que tenía un año y medio en ese entonces, jugaba en la orilla de una playa en Santa Clara, hasta que vino una olita muy pequeña pero con mucha fuerza y lo tumbó y se lo llevó para adentro. Con Lari logramos sacarlo en poco más de treinta segundos aunque tardamos más de un año en recuperarnos del susto.

Me acuerdo del poema de Marianne Moore que dice que el mar es una tumba.

Me acuerdo de la vez que pensé que eran ballenas las sombras de las nubes proyectadas sobre el mar.

Me acuerdo de otra vez que en el súper chino de Serena nos avisaron que había ballenas en la playa de enfrente. Yo pensé que eran nubes.

Me acuerdo que en el curso de parto, la chica que nos explicaba cómo contar las contracciones decía que eran como olas.

Me acuerdo de viajar a lugares que no tienen mar. Cuando vuelvo y lo veo me doy cuenta que lo extraño. A veces he llegado a saludarlo en voz alta.

Me acuerdo de pensar que el mar es una máquina de clichés: qué difícil escribir sobre él sin encender su máquina.

Me acuerdo del fósil de gliptodonte que Lari encontró hace poco en la orilla.

Me acuerdo de varias siestas en la playa, pensar que el mar es un somnífero, que el mar arrulla con las nanas de sus olas.

Me acuerdo de un festival de poesía en el que terminamos en la playa, recitando poemas de memoria frente al mar, subidos a una tarima de madera.

Me acuerdo de mi última ola, en febrero de 2021. Una tarde de olas malas en la que de pronto apareció una buena. La corté hacia la derecha y subí con el body hasta la cresta. Volví a bajar y volví a subir, en zigzag. Así por unos segundos hasta que la ola, como una canción punk, terminó.

Me acuerdo del cementerio marino y de ese verso, «el mar, el mar, siempre recomenzando».

Me acuerdo del sonido oclusivo de los caracoles cuando el agua de la ola rebobina y se retira, como una persona pidiendo silencio: «Shhhhh... Shhhhh... Shhhhhhh... Shhhhhhh... Shhhhhhh... Shhhhhhh... ».

Bitácoras del Filba

Gloria Peirano

20

¿Seguís pensando que la entrada en la sintaxis es una victoria sobre la madre? ¿O ya te cansaste? ¿De qué viaje estás cansada? Obrera de las palabras, lo primero que resplandece cuando te invitan a una destilería de gin en Mar del Plata es el verbo, y no es exactamente un resplandor, sino una convocatoria de las más agraciadas que conocés, una invitación con pliegues, capas, ramificaciones, porque un verbo como destilar, qué hondura, y hacia dónde lleva. El lenguaje es el terrorista del signo, se rompe aquí toda idea preestablecida y atravesás paisajes. Recordarás la tormenta que vivimos en mil novecientos ochenta y uno. Destilar es escribir. Esa es la comparación fácil, directa, pero no le hagás ascos a esas comparaciones primeras, son la entrada del camino. Y a las entradas, se las acepta. Es decir, se entra. Lluve torrencialmente cuando salimos de Mar del Plata, donde pasamos diez días en la Residencia Marítima. Vamos hacia Villa Gesell, nos esperan. La palabra destilar viene del latín *destillare* (dejar caer goteando, extraer algo de otra cosa gota a gota, gotear). Las gotas, entonces, gruesas, sobre el vidrio, de golpe en la memoria, masivas, la tormenta *in media res*, ¿qué hubo antes?, ¿qué geologías esconde

la destilación? ¿Hubo mar entre nosotras, caminatas por la rambla, comimos en ese restaurante del puerto al que fuimos, una vez más, treinta años después? ¿Hubo mosto, enebro, alambique, alquimia? Sabés que al nombrar, al fijar la palabra, cancelás. Esa voz que te grita *vives y no te ves vivir*, dice Vicente Huidobro. ¿Viste el mar que nunca se cansa de sí mismo? Tal vez no lleguemos, tal vez la tormenta nos lleve con ella, nos reclame, tal como el verbo destilar te reclama ahora, el auto se cimbreo, parece no resistir el viento, te pido que vayas limpiando el vidrio delantero con un trapo, lo hacés, y es exactamente ahí dónde se fija el nudo de la memoria, lo ves ahora mientras escribís, tu mano que repite y repite el movimiento sin lograr que el vidrio se desempañe, hasta que la tormenta llega a su ferocidad máxima y debo parar el auto en la banquina. Qué vapor exhala un auto solitario, parado en una banquina, en medio de una tempestad. En la destilería, muchos años más tarde, aceptarás la invitación para morder una baya de enebro. De qué modo se extrae gota a gota la imagen, se muerde la visión panorámica, del auto salvado del peligro, pero aún frágil, en el borde, a expensas de la embestida de los

otros autos atormentados, en el borde que es campo inmediatamente, que es alambrado y azote del viento, y luego más campo, y entonces, el mar. Irreemplazable la palabra mar, a pesar del asedio que padece y de su latencia de postal, irreemplazable como destilar, por significado y contextura sonora, por la conjunción milagrosa de la t y la i, y después una consonante líquida, con la lengua ¿siempre materna? tocando el paladar, ¿lo toca?, ¿lo golpea?, ¿lo visita? En la destilación, el proceso consiste en que se evaporan primero los fluidos con menor temperatura de cambio de estado, así, después de la condensación, se concentran aromas o alcoholes. Sacaste una foto en la destilería de gin: las manos del maestro destilador abiertas, colmadas de enebro. De noche, cuando eras chica, en nuestras vacaciones en Villa Gesell (dividamos las ciudades: Mar del Plata es mía, la franja que va desde Villa Gesell a Las gaviotas es tuya, como sabemos, como te dije en cada desacuerdo de madre e hija, cada una tiene su criterio, que es lo mismo que decir, cada una tiene su ciudad) te quedabas dormida escuchando el sonido del mar, a metros del departamento que teníamos en Avenida Costanera. ¿Soñabas con este futuro, en el que yo estaría muerta? Vos escribirías: el gin surge a partir de la mezcla de alcohol con los botánicos que le aportan aroma y sabor. Y agregarías: el enebro es su ADN y la combinación es infinita. ¿De qué viaje te cansaste? ¿De aquel, que insiste en fijar el significado en enumeraciones o descripciones para que instantáneamente desaparezca? Porque efectivamente desaparece. Queda el líquido discursivo, aquello que Calveyra, lo usaste en una clase, dice así: Observa el lujo de las casuarinas en la orilla. Ya son agua. Al final del recorrido, te ofrecen un gin con yerba mate, otro con hibiscus. Hace cuatro años que no tomás alcohol, por

decisión propia. Decís que no, pero entendés rápidamente la descortesía, la inadecuación. Seguí siendo tímida, seguí fragilísima en una zona, como el auto a la vera de la ruta en la tormenta de mil novecientos ochenta y uno, como la imposibilidad de graduar con ninguna botánica posible el adjetivo en su expresión máxima, ese derroche de goce, fragilísima, no se puede decir muy fragilísima, del mismo modo que no se puede avanzar hacia el vaso de gin con hibiscus sin callarme, hija, una vez más.

Sobre el mar: nada puede pasarnos

Tamara Tenenbaum

22

Estoy tratando de recordar la primera vez que fui al mar, o al menos la primera vez que me llegue a entrar en la memoria, porque sé que hasta que se murió mi papá, cuando yo tenía cinco, veraneábamos en una casa de su familia en Punta del Este a la que después medio que nos prohibieron la entrada, pero mis recuerdos empiezan justo en su muerte, así que de esa casa no recuerdo nada. Pienso en después: sé que una vez vine a Mar del Plata, al Hotel Manantiales, con mi mamá y mis hermanas, pero ya era un poco más grande. Antes de eso creo que un novio de mi mamá nos llevó a Santa Ana, en Uruguay, pero tampoco puede haber sido la primera vez, ni siquiera la primera vez después de los cinco años. En fin. No logro encontrar ninguna sensación de virginidad en el mar. Ninguna memoria emotiva de descubrimiento. Tampoco tengo grandes historias de amor en el mar. No tengo relatos impulsivos de tipos que te conocen poco y te dicen de arrancarse a la playa, prefiero creer que esas cosas mucho no pasan para no suponer que no me pasan a mí o a las chicas como yo. Tengo algunas prolijas semanas en pareja, tengo viajes con amigas.

Hace una semana escribí sobre la soledad, y se ve que estoy obsesionada. No logro desatar el recuerdo del mar de la falta de autonomía. Cuando era chica, irse a la playa era, como lo eran todos los viajes, perder la libertad; así se sentían las vacaciones para mí. Dejar el cuarto en el que dormía sola y ocupar uno con mi mamá y mis hermanas. Perder ese tiempo mágico que aparecía cuando mi mamá trabajaba y tener que convivir con la disponibilidad infinita de mi mamá. Lo escribo y me da culpa, sobre todo porque de grande me enteré de que no todo el mundo experimentó las vacaciones familiares de esa manera y lo mío seguramente fuera alguna forma de respuesta postraumática; pero el postrauma es la única personalidad que conozco y la única vida interior que tengo, así que si se trata de lo que siento sobre el mar es lo que puedo contar. Las sensaciones físicas de la playa se pegaban a eso que ya traía: la incomodidad de la arena en los pliegues de la piel, en lugar de ser aventura, era una metáfora del pegote que es la familia. No había miedo a lo desconocido porque tampoco me dejaban meterme demasiado hondo, y yo era una nena demasiado flaca y friolenta

para que me importara lo suficiente nadar y pelear por eso.

Hay solo dos partes del mar que recuerdo bien, en el sentido de recordarlas como buenas: la primera es el ruido de las olas que se rompen, que todavía es mi cosa favorita del mar. Me parecía mágico, me parece mágico, que algo blando pueda hacer tanto ruido. Si se lo cuento a mis amigas que creen en la astrología calculo que dirán algo sobre mi sol en piscis, mi Venus en piscis, mi carta llena de piscis, eso mismo que explica que *I fall in love too easily*, me enamoro de cualquiera como Chet Baker para después pasarme la vida encerrándome en baños para que nadie me hable, pero medio que ya lo dice la misma canción, *I fall in love too terribly hard / For love to ever last*. Mis amigas dirían eso, entonces, que por eso me gusta del mar que sea una cosa blanda que hace ruido. Yo creo que me hace acordar a los rollos de tela de mi barrio, que hacen un sonido maravilloso cuando los apoyan en los camiones o en el piso, y son la otra cosa que conozco que hace ruido sin ser dura. Y algo sobre el cuerpo, que seguro se relaciona con lo de ser pisciana y enamorarse mal: soy muy sensible a esos sonidos graves que te retumban en el centro del pecho, como el ruido del mar, los que se sienten adentro, en un lugar del que solo me hago consciente cuando escucho esas frecuencias. Los ríos, salvo que sean muy rápidos, hacen sonidos más agudos que se te mueren en la superficie de la piel.

Lo otro bueno que tiene el mar y que entiendo desde chica es la sal, más específicamente, la sensación de la sal del mar en las heridas abiertas. Siempre tengo

heridas abiertas: me lastimo con mis propias uñas largas, las que antes me dejaba crecer para morderlas y hoy llevo largas y sin pintar para tocar la guitarra. También soy de caerme y chocarme con las cosas, de tener frutillas, raspones, cutículas sueltas, ampollas. Suelo tener tantas roturas en el cuerpo que ni siquiera sé cuántas tengo a la vez, hoy mismo no sé exactamente cuántos moretones tengo en las piernas, y lo que me parecía espectacular era que entraba al mar y ahí sí podía contarlas todas. No las sentía en general: sentía arder la sal en cada una. El mar me dibujaba en el cuerpo un mapa de todo lo abierto que me quedaba. Desde siempre es eso lo que me gusta del dolor: en un mundo ambiguo, el dolor pone todo en su lugar. El dolor sirve para encontrar los lugares donde pasan las cosas.

Es invierno. No hay chances de remojar las cicatrices, pero vine a Mar del Plata a trabajar, la forma que descubrí de estar sola sin que nadie me pregunte por qué; o más bien, sin yo preguntarme por qué, quiero decir, ya soy grande y sé que a nadie le importa lo que hago o dejo de hacer ni con quién estoy o dejo de estar. Es invierno y no se entra al mar pero se lo escucha, y duermo sola y nadie sabe lo que hago mientras no tengo que estar en alguna de las mesas o las lecturas. Camino al lado del agua, en público y a la vista de todos pero con la tranquilidad que en la infancia y la adolescencia solo encontraba leyendo en el piso del baño con la puerta trabada. Caminando recién descubrí otra cosa que me gusta del mar: el olor a arena y sal, un olor que no es limpio, como los olores que me gustan a mí que desprecio los perfumes porque no te dejan oler



Filba Nacional **Mar del Plata**

26 - 28 de mayo, 2022

24 las personas y las cosas. De las frases que me resuenan me aparece la de la telenovela esa, Verano del 98, que miré en algún hotel de playa en el verano correspondiente, se me mezclan siempre las frases de los libros y las canciones con las de las telenovelas porque en esa época para mí toda la cultura era lo mismo, los mejores años de mi mente: nada nos puede pasar.

Sobrevivir a la herencia de los silencios

Gabriela Álvarez

25

Cuando las palabras son fijadas,
cierran sus alas, y mueren.
(Virginia Woolf)

Hay familias que conviven con la memoria, las anécdotas, la conversación, otras con el olvido, como una vez dijo mi abuela, recordar es triste. La herencia queda fijada al silencio, a la confusión, o a canciones, refranes, y dichos, que lo que hacen es hacernos recordar una tradición, pero no tanto quiénes éramos, o en palabras de Virginia Woolf, quiénes eran esas mujeres que nos cuidaban, y criaban.

El silencio es una atmósfera, una señal de convivencia con el miedo a la pregunta, a la curiosidad, o al pasado. Entonces tirar del hilo, es desenterrar eso que parece vacío, hacerlo hablar, permitir que el relato ocurra de un modo más justo. Justo respecto no a la neutralización de un conflicto, sino al surgimiento de una identidad familiar que a veces se esconde en el pudor, en la vergüenza, o en la desvalorización y el prejuicio social.

Tuve miedo de tirar de esos hilos y no encontrar voces, canciones, o memoria. Tuve miedo de no ser justa con la infancia, pero encontré gestos, una casa, y el aprendizaje de la escritura.

En este hacer, me preocupo por sentir e identificar, dónde está puesta la libertad. De qué forma ella habla

o habló en nosotrxs. ¿Cómo sobrevivimos a la herencia de los silencios y a sus vicios?

Es el rol que me gusta darle a la palabra. Frente a algo que se derrumba o nos derrumba, ella podría ser una estructura, la arquitectura que teja los gestos que nos devuelven un poco el sentido de ser quienes somos.

L A C A S A

De la madre se aprende a escribir (...)
Coser, bordar, cocinar, limpiar,
cuántas maneras metafóricas de decir escribir.
(T. Kamenszain)

Tejo la memoria como llamando a pequeñas o grandes habitaciones, en donde el poema o una casa se construyen de nuevo. Porque el derrumbe hace lo suyo y las cosas se pierden o desaparecen, pero el cuerpo queda aliado al olor de las paredes, a la cocina, la ropa heredada que se enfrenta al humo de un hogar.

Las puertas de ingreso de esta casa parecen estar selladas con la luz de la nostalgia, pero los espacios

Filba Santiago del Estero

30 de junio - 2 de julio, 2022

26

abiertos toman fuerza por sí mismos. Un patio es el corredor de mi espalda, y muevo los brazos en alto como llamando a mi niñez, un pañuelo blanco entre los dedos, mi signo de haberme sentido en guerra. Un cuerpo pequeño cae como lluvia, se despereza inocente en la sencillez de esta mañana.

Desde una ventana del corredor, observo un jardín de plantas que se levanta en el baldío del fondo. Flores, árboles, enredaderas. Son las madres de mamá, las madres que sus manos crían o sofocan, las madres con quienes dialoga, mientras la tristeza se entierra en los canteros. Porque no hay lugar para el lamento, tampoco para la desidia, porque la ociosidad es madre de todos los vicios, dice la aspereza de las rosas.

Aprendí un lenguaje de cierto sacrificio, pero más contemplé sus gestos en la rutina de nuestras formas de estar solas o de compartir la soledad.

En mi nueva casa, cerca del hogar, los sahumerios se prenden en olores esenciales de la dispersión o el cuidado. Allí mamá trae un grabador nuevo, lo coloca sobre un mueble de algarrobo, y sube el volumen de la música. Murmura palabras aisladas en un cuerpo torpe y tembloroso. No quiero que nos coman los piojos dice, y levanta sus brazos robustos que limpian con poca prolijidad la tierra de las ventanas y las puertas. La música tapa los ladridos de la calle. Ella no canta, repite letras de todas las canciones. Por la siesta, se recuesta sobre una esterilla en la tierra y su piel transpira expuesta al sol más fuerte. La casa respira, las horas se multiplican en las pecas de su espalda. El calor se funde en sus piernas como un desparramo, una vigilia, su diálogo silencioso en el jardín.

Yo armo con papeles una casa dentro de la casa. Ella deambula con canciones de un cuarto a otro. Mueve los adornos de la repisa, cambia de lugar los muebles,

recoge las cosas que se caen: fichas de juegos, muñecos, figuritas, la ropa, libros, monedas, niños, la comida, el vaso, vidrios, ordena y todo se vuelve a caer.

Soy la niña o la hija, la palabra que deshace, el vicio del ocio de mirar su hacer en silencio.

La abuela decía con algo de fastidio, que recordar le era inoportuno. Pero las palabras que se pierden, son los silencios de todos. Tiramos del hilo de la niñez para recobrar la confianza, para entender cómo es que se mueve un corazón, y semejante a qué. La infancia, un rostro que sobrevive o se ahoga en los ojos de una madre. Y la casa que se pierde, me escribe.

Palabras que vienen de lejos I

Raquel Guzmán

Debo reconocer en esas palabras que vienen de lejos tres fuentes principales, los refranes que fluían de mi abuelo, como agua de manantial, los tenía de los más variados y para toda ocasión porque como dice el dicho “a buen entendedor, pocas palabras”. De mi padre, albañil, me resuenan palabras que repetí mucho, pero entendía poco, y fui descifrando con el tiempo: fratacho, dintel, zócalo, aparejo, claraboya, palabras que se me deshacían en la boca y que no alcanzaba a identificar. Tanta fuerza tiene ese léxico que forma parte de mi poesía, uno de mis libros de poemas se titula “Zócalo” y habla de ese mundo a ras del suelo. Pero en esta ocasión les traje a ustedes un texto de otra vertiente, la calle, y tomé de ahí los apodos, esos nombres, sobrenombres, tatuajes que van cargándose sobre nuestros hombros de una manera azarosa y que a veces pueden tornarse insoportables. El texto se titula Manual de zoología cotidiana.

No sé si mi barrio era un zoológico, o si en todas partes vivían tantos animales como a la vuelta de casa. El Sapo Paredes, el Loro Aragón, la Perra Cabral, el Gallo Mamaní, el Caballo Gutiérrez, el Cuchi Noriega,

la Rata Nougés, la Jirafa Risso, el Topo Vidal. Por supuesto que también estaban la Cuca, el Poroto, el Lito, la Nena y el Bubú, pero la diferencia es que estos personajes conocían su apodo, eran públicos, y cualquiera en la calle le gritaba “Che Poroto” y el susodicho giraba la cabeza y sonreía. En cambio los primeros eran secretos, circulaban a distancia y muchas veces se hacían extensivos a toda la familia, así, cuando nos peleábamos con los Paredes y su madre nos retaba decíamos por lo bajo “Sapa verde ándate a la laguna”. Frente a los conflictos los Mamaní eran más Gallos que nunca y cuando la hija de los Nougés baldeaba la vereda y no nos dejaba pisar se convertía en la peor de las Ratas.

Para jugar en la esquina en las noches de verano hacíamos como si nada y a veces cantábamos con la chica Risso que era la única que tenía guitarra, y no le decíamos Jirafa, hasta que la madre la llamaba y nos quedábamos sin música y musitábamos “Jirafa de porquería”. Una de esas noches Chilo nos contó que se estaba preparando un desfile de carrozas para el carnaval. Chilo era nuestro líder, estaba terminando la secundaria, poco se reía, hacía los mejores barrile-

Filba Santiago del Estero

30 de junio - 2 de julio, 2022

28

tes del mundo y sabía todo lo que le preguntábamos y además leía libros. Para nosotros, embelesados con Trik y Trake, Patoruzú, Capicúa verlo leer esa cantidad de hojas, y sin dibujos, era más que suficiente para reconocerle su superioridad. Así fue que en el acto nos embarcamos en hacer una carroza de carnaval.

En casa había una frazada vieja que tenía el mismo color del pelaje de los caballos, así que enseguida solucioné mi atuendo, recogimos telas plumas, hilos, cuerdas, papeles de colores y nos juntábamos en las siestas a armar los disfraces. Chilo era un maestro, con latas de picadillo y de tomate daba forma a narices, orejas, pezuñas, las forraba con cinta adhesiva, las pintábamos y quedaban geniales. Le dijimos a la Sapita Paredes si quería ser la reina y aceptó gustosa, como su mamá era peluquera aportó tinturas y un par de pelucas. Chilo tenía un amigo que prestó tractor y acoplado, la idea era hacer un jardín donde iríamos nosotros, pero salió algo más parecido a un corral.

Esa noche salimos del barrio y, como el carretón no tenía luces apenas se veía un montón de disfrazados. Al llegar al desfile comenzamos a iluminarnos alternativamente con linternas y repetir el sonido del animal que representábamos. De maullar, croar, relinchar y ladrar a agregar los apellidos de los vecinos, fue un solo paso. La gente se reía a más no poder y nos aplaudían, tanto que enseguida dijeron que tendríamos el premio a la mejor caracterización. En el final de la calle, cuando ya comenzaba nuestro festejo, vimos a los Aragón, a los Cabral, a los Quispe enfurecidos gritándonos, más allá don Paredes amenazando a su hija para que baje de ese bochornoso carruaje. No voy a referirles aquí los castigos a los chicos y los conflictos entre mayores que duraron más allá del siguiente carnaval.

Chilo terminó la secundaria, se fue a la universidad y nunca más volvió al barrio y, con el tiempo, todos nos dispersamos. Cargamos nuestro animal y partimos, con la sensación de que siempre somos parte de un gran zoológico.

Palabras que vienen de lejos II

Raquel Guzmán

29

I

La palabra azúcar / me lleva hasta tu nombre
y se desarma
pequeña montaña blanca / reluciente
cristales inocentes
olvidados del golpe del machete
las manos magulladas
las cargas / los trapiches.
La palabra azúcar es dulce
y se desarma
en su lugar tu risa / en su lugar
la sombra de tu rostro
en su lugar la casa.
una casa de azúcar que poco a poco
se llenó de agua.

II

Ellos me dieron la palabra sola.

Me la prendieron con alfileres
en el borde del vestido
y yo me fui alzando sobre mis piernas temblorosas
estiré las rodillas / sola
me dije /
levanté los hombros / erguí el pecho
sola / me dije
y cuando los pies sentían
el entero peso del cuerpo
sola / me dije
sola / me dijeron
abrí los brazos
y eché a volar.

III

Bien sabemos / que a las palabras

Filba Santiago del Estero

30 de junio - 2 de julio, 2022

30

no se las lleva el viento
se doblan, se enrollan
se pegan
transmutan en olores / colores
y un buen día
son parte de la piel.
Aquí tengo incrustada la palabra escuela
es una luz brillante
repleta de sonidos / alegre
como canto de pájaros
más allá la palabra culpa /
oscura
una mancha informe que se mueve
que corroe y que se oculta
Menos mal que cerca vino a caer la palabra
sueños
tiene algo de satén / algo de amanecer
algo de incierto
se ubica en la palma de mi mano
la pongo bajo mis ojos /
Pegaso
atravesando el mundo.

apodo / alias
mote / nombre artístico
seudónimo
Nombre entre los nombres / el tuyo
el propio / el tono de tu voz
el eco de otras voces
despertándote / llamándote a la mesa
tu nombre
en la voz del maestro / del jefe.
Ese nombre que aumenta o disminuye
que se abrevia o se alarga
ese nombre
tiene algo de lágrima o de sangre
de sueños y de olvidos.
Eufónico / afónico / disfónico
Te persigue en las cartas / documentos
tarjetas / facturas insomnes
y suena / y vuelve a sonar
canción de cuna / sanción / voz amorosa
alguien te abraza y lo repite / suena a destello
brillo / calor / fuego en la noche.
Nombre entre los nombres
que no elegiste / pero es más tuyo
que todos tus haberes.

IV

El nombre / el sobrenombre

Súcuru Miel

Luciano Saracino

Son las diez y cuarenta y siete de la noche del viernes veinticuatro de junio de 2022. Estoy en el estudio de mi casa, donde suelo pasarme las horas escribiendo libros, historietas, dibujos animados y películas. A mi derecha tengo una biblioteca enorme, de esas que dan un poco de envidia porque llega hasta el techo y tiene escalera con rieles y un entrepiso para acceder a sus zonas más recónditas. Frente a mí, debajo de la *notebook* donde estoy escribiendo esto, un *secreter* estilo Thompson que voy a cerrar dentro de un rato, cuando termine mi jornada.

Ya no pasan autos, afuera.

Y cuando menciono a afuera me estoy refiriendo a Villa Santa Rita; un barrio periférico de la Ciudad de Buenos Aires donde casi no hay ningún motivo para ir si no es venir a visitarme. El frente de mi casa es violeta. Si seguís bien las coordenadas, no vas a perderte. Sin embargo, en realidad, estoy leyendo este texto ahora. En la Casa Argañaraz, Av. Libertad 175, Santiago del Estero. Y son las (...).

Levanto la vista y los miro.

¿Qué acabo de demostrar, con esto?

Que escribir es la mejor manera que tenemos de viajar en el tiempo y en el espacio. Ni siquiera necesitamos

un Delorean. Y los efectos especiales, lo acaban de ver, son baratísimos.

Me fascina viajar en el tiempo, y lo hago bastante a menudo. A veces fantaseo que en un rato, cuando ya no me toque deambular estos indecisos pasillos de la vida, lo voy a seguir haciendo.

Porque escribir es un modo de no morir.

Alguna vez, como todos ustedes, tuve una patria. Vengo a hablarles de ella aunque en realidad vengo a hablarles de mi padre. Del modo que tenía mi padre de nombrar las cosas. Y cómo ese modo se me fue volviendo tatuaje y, quizás, me trajo hasta acá. Hoy. A esta exacta hora.

Mi padre era empleado bancario. Caminar con mi padre por las calles de Villa del Parque era un espectáculo, porque todo el mundo tenía algo para decirle. “Quique, viejo y peludo”; gritaba alguno desde un auto. Los jubilados saludaban con un gesto y una sonrisa. Los comerciantes le hacían descuentos.

Cuando en las escuelas los chicos me preguntan si soy famoso siempre respondo lo mismo “no. Mi papá era famoso. Porque era empleado bancario del Banco Nación Sucursal Villa del Parque”.

Cuando encontraba un buen lugar para estacionar y

Filba Santiago del Estero

30 de junio - 2 de julio, 2022

32

terminaba su última maniobra, decía “con su papito”. Recién ahí podíamos bajar del auto porque “con su papito” significaba que la tarea había sido cumplida con éxito.

Cuando algo salía bien (y esto podía ser un asado pero también la nota en algún examen de alguno de sus hijos), la expresión era “súcuru”. Díganlo en voz alta. “Súcuru”. Ya está. Se les quedó para siempre. Pero atención. Cuando algo salía muy bien lo que mi padre decía era “Súcuru Miel”. Súcuru Miel no podía usarse de manera displicente o trivial. Súcuru Miel era lo mejor del mundo.

Todos sonreíamos, si papá decía Súcuru Miel. Porque Súcuru Miel significaba que todo era perfecto.

A sus hijos también los bautizó con términos perfectos.

Mi hermano mayor era uno de esos niños serios. Más que serios, amargos. De bebé, el modo que mi padre eligió para referirse a su primogénito fue “espasmodio tosirundo amargo obrero”. Cada una de esas palabras tenía un porqué, y ustedes pueden entenderlas sin que se las explique. Cuando el bebé que fue mi hermano mayor se volvió niño, mi padre lo rebautizó como Carrascacha. Y ahí quedó casi olvidado el nombre Pablo. Porque Pablo era Carrascacha.

Yo, en cambio, era un niño buena onda. Todo el mundo me adoraba. Por eso el nombre que mi padre eligió fue el de Cichipo. Cichipo es un nombre perfecto para un niño buena onda. Me duró casi hasta la adultez, cuando tuve que irme de mi casa natal y conocer gente nueva para ganarme el orgulloso Lucho que soy hoy en día. Ustedes no saben lo que fue ser un adolescente que escuchaba heavy metal satánico que tenía amigos de su misma calaña y al que en su casa le decían Cichipo. A pesar de mis tachas, mis pelos largos y mi

adolescencia enfadada, Cichipo era siempre un modo de volver a casa.

Con mi hermano menor fue otro cantar. Era un bebé enorme. Pero enorme en serio. “Bestia Humana”, lo nombró mi padre. Y Bestia Humana fue. Cierta vez mi mamá pasó a buscar por el jardín al mencionado y la señorita la llamó aparte. “Estamos trabajando el temita de los apodos, y les pregunté a los chicos cómo les dicen sus papás. ¿Puede ser que a Eugenio en casa le digan Bestia Humana?”.

No me quiero extender.

Pero cuando cualquiera de los tres hijos o sus parejas encuentra un buen lugar para estacionar en la caótica ciudad de Buenos Aires, decimos “Consu” (porque a veces las tradiciones mutan) y si el lugar es frente a casa, se dice “consu total”. Mi hija sabe que hasta que nadie dice consu, no se puede sacar el cinturón de seguridad.

Mi hermano más grande es uno de los investigadores de lenguas medievales más importantes del mundo. Viaja a húmedos castillos y claustros para estudiar los más heréticos textos, y da conferencias que –si bien están habladas en castellano- suelo no entender ni una sola palabra. Usa boina. Fuma pipa. Polera negra. Es pelado. Pero en casa le decimos Carrascacha, porque de algunas cosas uno no se puede escapar.

Súcuru lo usamos a diario. Súcuru Miel, no. Porque Súcuru Miel es otro nivel –ya lo saben-. Mi pareja mandó a imprimir remeras con el Súcuru escrito en el pecho, porque hay palabras que nos describen mejor que otras. Y en mi familia, es bueno que lo sepan, somos todos súcurus.

Les decía que alguna vez tuve una patria. En esa patria teníamos palabras que nos ayudaban a vivir.

El último libro que escribí trata de un nene que tie-

ne que atravesar el tiempo y el espacio y que llega a un lugar que no termina de entender. Un niño que se vuelve inmigrante y se da cuenta que ya nunca más va a habitar ese otro lugar en el que se sentía tan cómodo y las palabras estaban hechas para él y los suyos.

Ese nene de ese mi último libro se llama Cichipo.

Porque yo también llevo mi nombre verdadero tatuado para siempre en la mirada.

Espero que hayan disfrutado del viaje.

No me decido si cerrar mi escritorio Thompson y abandonar mi estudio o levantar la cabeza y mirarlos a los ojos.

Gracias.

O, mejor dicho, Súcuru Miel.

Londres

Julia Armfield

Traducción: Gabriela Adamo

Londres es una ciudad extraña. Está marcada por cierta fealdad, una acidez causada por su inaccesibilidad, por la manera en la que está diseñada para ayudar a sus residentes a trabajar primero y vivir después. Es cara, muchas veces fea; es difícil viajar improvisadamente de un rincón a otro. Cuando pienso en ella, la imagino como un puño muy apretado, como algo cerrado y resistente. Si lograras abrirla por la fuerza, imagino que encontrarías un montón de cosas que ella no tiene ganas de entregar.

Aun así, en medio de esa fealdad, hay lugares secretos, vecindarios aislados que te hacen la vida más fácil. Nosotras vivimos en Streatham, en una zona de Londres que, en los años '30, estaba muy de moda: el West End (aunque no sé "west" de qué, ya que Streatham está claramente ubicada en el sur). Hoy en día está venida a menos, pero de una manera agradable: una combinación de grandes mansiones eduardianas y departamentos de los '30, un poco gastados y repletos de gente. Es un vecindario vivido, creo, un lugar en el que la gente elige hacer sus vidas y no una simple base desde la cual moverse.

En el corazón del vecindario está el parque, que es por donde quiero pasear hoy. Vivimos justo al lado, lo que siempre fue lo mejor de nuestro edificio, sobre todo durante la cuarentena, cuando el único lugar al que se podía ir era afuera. Según la época del año, el parque funciona como sede para carnavales itinerantes, carpas de circos, juegos de fútbol domingueros, exhibiciones de perros y más cosas, pero hoy está abierto y relativamente tranquilo. Un día perfecto para pasear. Si sales desde nuestro edificio hacia la izquierda, caminas directo hacia la colina y cruzas la calle, en cuestión de minutos estarás en la parte más alta del parque. A solo quinientos metros de nuestra puerta, de pronto, la ciudad entera se extiende delante de ti. Con buen clima, se puede ver hasta Croydon y Norbury, lugares en los que nunca estuvimos, que solo vimos a kilómetros de distancia. La noche de Año Nuevo puedes subir hasta allí y mirar los fuegos artificiales de la ciudad entera, como si todos estuvieran compartiendo la misma franja larga de cielo.

Si sigues caminando a través del parque, llegarás a Roockery, un jardín formal de un par de hectáreas de

Londres es una ciudad extraña. Está marcada por cierta fealdad, una acidez causada por su inaccesibilidad, por la manera en la que está diseñada para ayudar a sus residentes a trabajar primero y vivir después. Es cara, muchas veces fea; es difícil viajar improvisadamente de un rincón a otro. Cuando pienso en ella, la imagino como un puño muy apretado, como algo cerrado y resistente. Si lograras abrirla por la fuerza, imagino que encontrarías un montón de cosas que ella no tiene ganas de entregar.

Aun así, en medio de esa fealdad, hay lugares secretos, vecindarios aislados que te hacen la vida más fácil. Nosotras vivimos en Streatham, en una zona de Londres que, en los años '30, estaba muy de moda: el West End (aunque no sé “west” de qué, ya que Streatham está claramente ubicada en el sur). Hoy en día está venida a menos, pero de una manera agradable: una combinación de grandes mansiones eduardianas y departamentos de los '30, un poco gastados y repletos de gente. Es un vecindario vivido, creo, un lugar en el que la gente elige hacer sus vidas y no una simple base desde la cual moverse.

En el corazón del vecindario está el parque, que es por donde quiero pasear hoy. Vivimos justo al lado, lo que siempre fue lo mejor de nuestro edificio, sobre todo durante la cuarentena, cuando el único lugar al que se podía ir era afuera. Según la época del año, el parque funciona como sede para carnavales itinerantes, carpas de circos, juegos de fútbol domingueros, exhibiciones de perros y más cosas, pero hoy está abierto y relativamente tranquilo. Un día perfecto para pasear. Si sales desde nuestro edificio hacia la izquierda, caminas directo hacia la colina y cruzas la calle, en cuestión de minutos estarás en la parte más alta del par-

que. A solo quinientos metros de nuestra puerta, de pronto, la ciudad entera se extiende delante de ti. Con buen clima, se puede ver hasta Croydon y Norbury, lugares en los que nunca estuvimos, que solo vimos a kilómetros de distancia. La noche de Año Nuevo puedes subir hasta allí y mirar los fuegos artificiales de la ciudad entera, como si todos estuvieran compartiendo la misma franja larga de cielo.

Si sigues caminando a través del parque, llegarás a Rookery, un jardín formal de un par de hectáreas de tamaño, abierto todos los días hasta quince minutos antes de la puesta del sol. Originalmente, en el SX-VIII, formaba parte de los jardines ornamentales de una gran casona privada, que fue comprada con dineros públicos y abierta como tierras comunes en 1913. Durante la cuarentena, era la parte central de nuestra única caminata diaria: un pequeño oasis donde siempre había algo sutilmente distinto que la vez anterior.

Si descendes los escalones que serpentean hacia el centro del jardín, llegarás al cedro del Líbano, que para mí siempre fue como el protagonista del Rookery. Los cedros del Líbano son especies coníferas que han tenido gran significado histórico y religioso en las culturas del Medio Oriente y aparecen seguido en la literatura antigua. De hecho, aparecen varias veces en la Biblia, incluyendo la historia en la que Moisés ordena a los sacerdotes que usen corteza de cedros del Líbano para tratar la lepra. En el salmo 92:12 dice: “Los justos florecerán como palmeras, crecerán como cedros del Líbano”. Nosotros siempre nos referimos al cedro del Rookery como “él”, no sé por qué, es simplemente la manera en que se nos presenta. En el invierno del 2021, cuando acababan de darme de alta luego de una

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

36

estadía inesperadamente larga en el hospital, una de las primeras cosas que hicimos fue caminar hasta el cedro, solo para decir “hola”. Él tuvo siempre un efecto calmante sobre mí, algo que te hace sentir anclada, protegida. Muchas veces pienso que hay pocas cosas más tranquilizadoras que estar cerca de un buen árbol.

Pasando el cedro, puedes caminar hasta la zona más diseñada del jardín. Allí, cada detalle está cuidado a través de un esfuerzo comunitario; los canteros son siempre diferentes y están bien atendidos. Por allí hasta el Jardín Blanco, donde encontrarás a otro de mis árboles favoritos: la colletia, conocida también como espino de la cruz. De lejos parece un árbol común, pero al acercarte te das cuenta de que es algo más parecido a un cactus gigante. Cubierto de espinas, en invierno cuelga peligrosamente bajo, y florece una vez al año con una serie de pequeños brotes blancos que huelen, si puedes creerlo, como natillas.

Si tomas el camino circular que rodea el jardín, puedes pasar junto a los estanques, que casi todo el año hospedan a sapos y a ranas que desovan, y abandonar el jardín principal a través del portón más alejado. Desde allí, puedes seguir por el fondo del prado principal, pasando junto a una micro-fábrica de cerveza escondida que recién descubrimos durante la cuarentena, aunque está allí desde hace mucho antes. Los dueños de la Inkspot Brewery operaban en un granero y tuvieron que solicitar el apoyo de los vecinos para obtener el permiso de ampliación para lo que técnicamente estaba registrado como un edificio de tipo 2. El resultado es pequeño pero simpático y el nombre del emprendimiento refleja la forma en que los vecinos

fueron estimulados a apoyar el trabajo: una estrategia “inkspot” es una táctica militar que trata de ganar el corazón y las mentes de la población local.

Siguiendo, llegas al campo del fondo y a más vista de la ciudad. De hecho, en la primavera del 2000, las vistas disponibles desde este punto de observación fueron celebradas con una placa que guía la mirada hacia las partes de la ciudad que se pueden ver desde allí. Siempre sentí que una de las cosas maravillosas de Streatham es lo poco que nos damos cuenta de lo alto que estamos en relación con el resto de la ciudad, hasta que ves todo extendido debajo de ti: muy pequeño y muy distante.

La última parte del paseo de hoy nos lleva hasta una extensión de media hectárea que marca el cambio del Streatham Common al Norwood Grove. Hay registros del Grove tan antiguos como los que aparecen en el libro de Domesday, aunque primero se lo conoció como Lime Common, por lo menos en 1086. Una extensión amplia, ondulada, en la que se halla una casa antigua de principios del SXIX; supo ser un alojamiento privado, pero fue vendida al consejo en 1913 y actualmente funciona como una guardería para niños pequeños. Un día, a mediados de noviembre, el día del cumpleaños de mi novia, salimos a caminar por aquí y vimos que los niños habían decorado con estrellas de papel el árbol que está justo delante de la casa; nos pareció un lindo regalo de cumpleaños, aunque seguramente la intención era celebrar la Navidad. No se ven mucho en el paseo de hoy, pero en el verano el área abierta del jardín que rodea la casa está repleto de lavandas, o sea que el lugar suele estar cargado con su aroma. Ni hablar de la amenaza que representan las abejas.

Al dejar atrás la casa y descender, se llega al último circuito del parque, que es donde terminaré nuestra caminata de hoy. Lamentablemente, no grabé ningún video, pero si tienen ganas, pueden sentir cómo fue realmente el día si tararean la melodía de *Careless Whisper*, de George Michael; porque aquí, al final de nuestro paseo, vimos a un hombre sentado en un banco con un saxo, tocando esa canción para sí mismo, bajo el sol de la tarde.

9 sobrevivientes

Jazmina Barrera

38

No quería escribir sobre 9 sobrevivientes. Me mandaron la fotografía de la obra y la del texto de sala, y confundí el texto de sala con la cédula de la obra y a raíz de esa confusión deduje que se trataba de una especie de pieza colectiva rarísima, con un contexto para mí incomprensible y me ofusqué. Además no me gusta escribir sobre obras visuales que nunca he visto en persona. Mi madre es pintora y una de las ideas fijas que me repitió hasta el cansancio es que la pintura es materia. Ninguna reproducción fotográfica puede imitar la textura, el relieve, los matices de color, transparencia y opacidad que se revelan con nuestros movimientos o con los cambios de luz cuando observamos una pintura. De la presencia del lienzo a su fotografía se pierden demasiados datos. Lo mismo es válido para una obra como esta en que se reúnen diferentes técnicas como el collage, el dibujo y el estampado, sobre un soporte que se plisa. La fotografía oculta o disimula detalles que parecen superfluos pero son cruciales. Por ejemplo: el tamaño. Cuando me enviaron la fotografía de 9 sobrevivientes quise saber sus dimensiones. Las imágenes parecían estar estampadas (o impresas) en tinta azul, sobre una especie de papel café

y ese papel, según se apreciaba en otra imagen, había estado doblado y metido en un sobre. Así que quizás medía lo que un sobre tamaño carta.

Eventualmente deduje mi confusión y di con la verdadera cédula, que no decía nada sobre las medidas. Internet me arrojó la obra mil veces y en una de esas encontré una foto de la obra expuesta, que me daba una idea de su proporción, porque estaba frente a una persona. Era una pieza enorme. Es una pieza enorme, pero en ese momento lo dudé, porque parecía haber varias reproducciones de la misma pintura en diversos sitios y quizá tenían tamaños diferentes. En el MoMa, por ejemplo, se llama 8 sobrevivientes, y no 9, una pieza casi idéntica a esta.

No quería, pero decidí escribir sobre esta obra que no conozco —que estoy conociendo en este instante— sin más remedio que escribir —como siempre, en realidad— un poco a ciegas, pero con algunos datos.

El primer dato es que tengo razón. En esta obra la materia importa. Para Eugenio Dittborn era relevante, fundamental incluso, que el papel reflejara el maltrato

que padeció durante su viaje. Dittborn llamó a esta serie suya “Envíos”, un conjunto de sobres vivientes que exponen en sus marcas y en sus cicatrices su historia. Y su historia es una de sobrevivencia, porque sobrevivieron a la dictadura chilena. Ese era uno de los motivos de Dittborn para hacer bien portátiles estas pinturas, que pudieran escapar a la vigilancia y la censura del régimen de Pinochet. Los dobleces, las rasgaduras, todas las imperfecciones del papel son heridas, llagas y costras que simbolizan el daño que sufrieron las personas representadas en esta pintura y tantas otras en las mismas circunstancias. La violencia de la dictadura sobre las vidas y sobre el arte.

Estas marcas son un símbolo, pero también son la intervención del azar sobre la obra: si hay más de una pintura igual en esta serie, los distintos sobres con las direcciones de envío y las huellas particulares de cada viaje son como las cicatrices y las marcas de sol que cuentan historias distintas en los cuerpos de un par de gemelos.

Otro dato que encuentro en internet: el papel, es papel de carnicería; papel hecho para doblarse, para envolver la carne, así como este papel envuelve a estas mujeres que fueron tratadas como carne, así como este papel envuelve la carne de la memoria.

Los datos más evidentes: en tinta azul, de arriba abajo están las fotografías de dos mujeres selknam, del sur de Chile; dos dibujos de mujeres; dos fotografías de identificación de mujeres posiblemente presas. Dos fotografías de cráneos que conservan todavía largas cabelleras y tocados. Abajo a la izquierda, el fragmento de un artículo de El Mercurio donde una mujer re-

lata lo que pasaba por su mente mientras era torturada. Y la traducción de ese fragmento al inglés, arriba a la derecha.

¿Qué tantas cosas significa sobrevivir? Aunque es siempre sabio desconfiar de los diccionarios, busco el dato en uno, que dice: vivir después de la muerte de otra persona o de un determinado suceso, vivir con escasos medios o en condiciones adversas, permanecer en el tiempo, perdurar. Las mujeres selknam aquí retratadas quizás sobrevivieron a la matanza de su pueblo a manos de los estancieros ingleses o de otras colonias, podrían haber sobrevivido también a las pestes o a la evangelización de los misioneros de cualquier denominación cristiana. Las ladronas, sobreviven quizás así, robando, a la miseria y al hambre. Y las fotografías de todas ellas sobreviven a la violencia misma de la foto, que, dice Enrique Lihn, las estereotipa y las degrada una vez más “a condición de cosa”. La mujer del Mercurio sobrevivió a una tortura brutal, seguramente de la dictadura, y las cabelleras en los cráneos sobreviven, es decir perduran, más allá de la vida de esas mujeres que solían peinarlas. Los dibujos quién sabe. Ese dato me falta. Me imagino que serán retratos, que, como tantas veces pasa, sobrevivieron a las mujeres que retrataban.

9 sobrevivientes: Perséfonas que bajaron al inframundo y luego surgieron, con el recuerdo de una serpiente, la soledad más absoluta, un chiste y una risa que las mantuvo con vida. O que se quedaron abajo, o adentro, y nos dejaron su imagen o la imagen por lo menos de su cráneo y su cabello.

Dato curioso: El relato de la mujer torturada es de Cauquenes, un lugar del Maule Chileno donde viven

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

40 los cauquenes, aves majestuosas que migran (penúltimo dato) hasta 2700 kilómetros todos los años, de sur a norte y de norte a sur, de este a oeste y de oeste a este, cruzando la frontera entre Chile y Argentina, como la cruzó este sobre sobreviviente, para contar en otros territorios la vida y la muerte de estas mujeres.

No quería escribir sobre 9 sobrevivientes porque apenas las conozco, porque no soy de Chile y estoy segura de que me faltan muchos datos y tenía muy poco tiempo para buscarlos. Pero decidí sí hacerlo. ¿Y cómo no hacerlo?, si vivo en un país con más de 100,000 personas desaparecidas y muchísimos, aunque pocos al fin, sobrevivientes de una historia de violencia interminable. Algo tenía que decir en este hermoso país al que me invitan, en este país que por desgracia entiende demasiado bien de lo que estoy hablando. Algo debería poder decir de la sobrevivencia, los sobrevivientes, viniendo de donde vengo, y sin embargo encuentro que no, porque ese dato, esa cifra rotunda e inexacta, esos 100,000 me dejan siempre sin palabras.

Solo un pájaro

Gonzalo Heredia

Ella se despertó por el sonido extraño. Afuera se escuchó un silbido. O al menos eso pensé cuando apareció ese sonido estridente. ¿Quién carajo se pone a silbar a esta hora? Imaginé a un repartidor, al vecino, al sodero. Empezó a incorporarse. Primero levantó la cabeza, después apoyó los codos arqueando el torso y por último se sentó. Su silueta se recortaba sobre la claridad que entraba por la ventana. Se quedó unos segundos en silencio esperando a que volviera a aparecer el sonido para identificarlo. Yo miraba fijo el techo. Tenía que levantarme, bañarme, atravesar el tráfico de la ciudad, manejar hasta el museo de bellas artes, buscar a mi compañero, llegar a la reserva ecológica. Pensaba en que tenía que ser paciente en el embotellamiento, sociable con desconocidos, receptivo en las dos horas y media del paseo que tenía que hacer. Mirar pájaros, escribir sobre eso. Mirar pájaros un día de semana para escribir sobre eso. Mirar pájaros, un día de semana por la mañana para escribir sobre eso. Mirar pájaros.

Volvió a aparecer el sonido. Esta vez un poco más cercano. Un sonido agudo y penetrante. Insistente como

un pedido de auxilio. Ella se dio vuelta en la penumbra de nuestra habitación y preguntó en un susurro qué es “eso”. Yo fingí no escuchar. Seguí mirando el techo sin mover un músculo, en un mínimo acto de rebeldía. Ella me sacudió por el hombro y volvió a preguntar qué es eso. Resoplé y sin sacar los ojos del techo dije “debe ser un pájaro, sólo un pájaro”

¿Alguna vez usaste binoculares?

Francisco nos entregó uno a cada uno. ¿Los conocen? ¿Saben cómo usarlos? Ninguno de los dos contestó y nuestro guía dijo que los apoyáramos sin hacer tanta presión y que abriéramos y cerráramos las lentes hasta que se formara una imagen completa.

Lo hice. Al principio apareció una imagen en cada ojo y cada una con manchones negros en los bordes. Empecé a mover las lentes, abría y cerraba y escuché decir a Francisco que hiciéramos foco girando la ruedita del medio. Así que apunté a cualquier lado y lo hice. Dentro del binocular aparecían colores difuminados, formas desenfocadas. Hasta que en un momento se

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

42

formó una escena, una foto, un instante. Dentro de los binoculares se proyectó una película igual que en el cine: Una isla de camalotes, en medio de una laguna. Pájaros de diferentes especies flotando en el agua, otros en la orilla bajo el sol. Detalles privados en la película de mis binoculares. Me los colgué al cuello como un niño explorador y empezamos a caminar hacia adentro por el sendero.

Francisco nos contó sobre el lugar: antes de ser reserva ecológica, a principios del siglo veinte, el lugar era un balneario donde los porteños se metían al río y descansaban sobre la arena. Pero de un momento a otro el agua empezó a deteriorarse y la gente dejó de ir. En 1978, pleno gobierno de facto y copa mundial de fútbol, empezaron a volcar escombros en toda la zona de la costa rioplatense, y eso terminó de provocar el deterioro ambiental. Querían ganarle terreno al río para construir el Centro Administrativo de la Ciudad, pero el proyecto fue abandonado en 1984, dejando una gran cantidad de escombros.

Pero fue en ese momento en el que la naturaleza empezó a avanzar. Entre aguas contaminadas y restos de cemento y ladrillos, la vegetación silvestre se abrió paso hasta llegar a cubrir todo el relleno. Las frecuentes inundaciones en el área y la llegada de camalotes ayudaron a que la naturaleza construyera diferentes ambientes como si la vida, caprichosa, siempre se abriera paso.

El paseo

Sobre la izquierda una laguna artificial con islas y vegetación, detrás el paredón de piedra de la costanera

y los carritos de choripanes. De fondo los edificios de puerto madero como si fueran parte de un decorado. Al principio Francisco nos contó anécdotas de otras visitas, su amistad con Hebe Uhart, mientras nosotros le hacíamos preguntas poco interesantes. De vez en cuando pasaban corredores por nuestro costado, la mayoría hombres vestidos de gris, con la insignia del servicio militar argentino. Poco a poco el rumor de la ciudad se alejó y sólo se escuchaba el sonido de nuestras pisadas sobre el pedregullo. Caminamos en silencio.

Francisco frenó en un muelle y señaló a lo lejos. “Garza Mora” dijo. Desenfundé mis binoculares y apunté. En medio de la laguna, parada sobre un montículo de barro, una garza altiva de alas grises y pico amarillo. Enfoqué y se avivaron los colores. Mientras en mi cabeza aparecía todo el tiempo una voz que decía: son las ocho de la mañana de un día de semana y estás parado en medio de la capital federal mirando con binoculares a un pájaro. A un pájaro.

¿Pero era solo un pájaro?

El sol de la mañana doraba las plumas blancas del pecho de la Garza Mora y la cubría con un velo brillante. Enterró el pico amarillo en el fango y después hizo un movimiento con el cuello arqueándose hacia al cielo. Después giró y vi uno de sus ojos amarillo de pupila negra. Penetrante y perverso. En ese momento me acordé de la vez que mi hijo me había confesado por qué le tenía miedo a los pájaros: no cierran los ojos cuando me miran y parece que me van a hacer algo.

Me di cuenta que dentro de los binoculares mi cuerpo

no existía. Tampoco el tiempo. Era como mirar con los ojos cerrados. Como esas sesiones terapéuticas de flote en las que te metes en una cámara cerrada como el vientre materno y en el momento que tus pensamientos se evadieron, la mente proyecta colores, al principio siluetas amorfas, hasta que poco a poco se dibujan líneas, contornos y aparece una imagen. Mirar a través de binoculares era un paseo introspectivo.

Seguí camino, mirando las puntas de mis zapatillas sobre el pedregullo que me llevaban hacia adelante. Cada vez más lejos la espalda de la ciudad, una ciudad a la que pertenezco pero que en ese momento me miraba reajo como si habitara el patio trasero.

“Hocó Colorado” dijo Francisco y en mis binoculares apareció una garza de cuello marrón con la mirada fija en el agua. Estaba agazapada, en actitud de cazadora y yo me agazapé con ella con la actitud del voyeur en el que me había convertido. Escucho que alguien dice de afuera “Mira mira mira”, así que salí de los binoculares y Francisco susurró “ahí, al lado tuyo”. A unos centímetros de mi mano, un pequeño pájaro de cabeza blanca y negra con pico naranja me miraba. Tenía el tamaño de una palma y saltaba con gracia sobre la baranda del muelle. Un voyeur al que también espiaban. Hice un paso atrás para que no se sintiera invadido o por miedo no sé y voló hasta la rama de un árbol. Después de unos segundos Francisco dijo que era un “Pepitero de collar” y seguimos caminando.

Hicimos unos kilómetros. Cada tanto parábamos y Francisco nos señalaba un árbol:

¿Ven el pájaro de pico curvo que busca bichos en la

corteza? Es un Chinchero chico, ¿Y aquel pájaro blanco de cabecita negra? Monterita cabeza negra,

El de al lado, el que tiene cabecita roja recién llega de Venezuela, es un Churrinche. Y aquel de patas largas que camina sobre la vegetación flotante buscando insectos, es una “Jacana”, el que flota es un Pato Picaso y el que se hunde en el agua es un Capuchino y ese grande de allá tipo ganso con cara de malo que no para de gritar, es un Chajá. Qué significa Chajá, le pregunté y me dijo que el nombre provenía del guaraní y significaba algo así como “vamos” o “escapemos”, aunque en realidad era una deformación de la onomatopeya: es la forma de avisar a las otras aves de su especie que se escaparan por la cercanía de un posible depredador.

Al final el río

En un momento paramos frente a un árbol y Francisco empezó a hacer un ruido con la boca. Un silbido parecido al que había escuchado a la madrugada desde mi habitación. Nos quedamos los tres, parados, expectantes pero no apareció nada. Sacó su celular y se puso a escribir algo. Unos segundos después sonó un silbido en un pequeño parlante que tenía colgado en la cintura como llavero. Detrás de una rama apareció un pájaro que creí conocer. Cuerpo gris, pecho naranja. A ese creo que lo conozco, dije. Es un Zorzal colorado contestó, son muy comunes. El pájaro respondía al sonido de Francisco como en un diálogo. Saltó de la rama y planeo hasta nuestros pies. Torcía la cabeza mientras pegaba saltitos. Unos segundos después, desplegó las alas y se metió entre el follaje. Le pregunté qué era ese sonido y me contestó que como era época de apareamiento, salían a buscar pareja, pero

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

que en otras ocasiones ese silbido también podía ser un pedido de auxilio.

44

Seguimos por el sendero en silencio hasta el final del corredor. Bajamos por la barranca, pasamos entre mesas de camping y nos sentamos exhaustos en una tarima a contemplar las pequeñas olas plateadas del río picado.

La vuelta

Cuando llegué a casa, abrí el portón y las vi a ellas en el hall de entrada. Miraban hacia la ventana. Pensé que se había roto algo de la casa. Así que pregunté qué había pasado y ella dijo que era una pena, una pena. Mi hija agarrada de su mano, escondía la cara entre sus piernas. Me di cuenta de que había estado llorando. Qué pasó repetí y ella señaló hacia la ventana. “El sonido que escuché hoy a la mañana”, dijo. Sobre el motor del aire acondicionado había un montículo de ramas. Caminé unos pasos para ver mejor y ella gritó que tuviera cuidado. En el piso, a unos centímetros de mis zapatillas sucias, el cuerpito de un pichón tendido sobre los adoquines. Tenía plumitas en la cabeza, los ojos abiertos y tres hormigas negras caminaban sobre su cuerpo. Me di vuelta. Mi hija espiaba entre las piernas de la madre mientras ella se mordía el labio con gesto afligido. Me agaché y toqué el cuerpo con la punta del dedo. Estaba frío y gomoso. Lo agarré con cuidado, saqué las hormigas y me lo puse en la palma de la mano. No sabría decir con palabras lo que sentí en ese momento. Ellas me miraban y creí que tenía que decir algo, así que lo único que me salió fue “no pasa nada, es un pájaro, sólo un pájaro”.

Lo que se dieron entre sí las sombras

Clyo Mendoza

45

A los poetas guerreros de Isla Silvia y del mundo y entre ellos, mi amigo Bruno Darío

Lo que se dieron entre sí las sombras era el título original de mi libro *Furia*, por una pregunta que, según recuerdo, Alejandra Pizarnik hacía: ¿Qué se dieron entre sí las sombras?

Obsesionada por el tejido de las cosas, este hecho me parece una bella casualidad cargada de sentido. Que en el aniversario de la muerte de Pizarnik (dato que me hizo conocer hace un par de días la genial poeta Valeria Tentoni) la vida me haya traído a Argentina para poder ir a Isla Silvia me conmueve de maneras que no puedo explicar. Con eso empecé a escribir este texto, desde la imposibilidad de definir la urdimbre, el tejido ilógico que une a unas personas con otras, a pesar de las diferencias obvias, del tiempo, la edad, la distancia. El hilo que une todas las cosas distantes es el centro de mi escritura, y por alguna razón, lo había olvidado.

Llegué a Argentina totalmente desconcertada por la

muerte de un amigo que en algún momento me había pedido que lo ayudara a morir. Eutanasia es una palabra extraña, parece un nombre propio. El plan de Bruno no era que se llevara a cabo, sino simplemente que pudiéramos conversar sobre la muerte. Era un pretexto para emborracharnos leyendo a Viel Temperley y a Dylan Thomas en voz alta mientras bebíamos. Él casi siempre estaba borracho. Ese estado mitigaba un poco el espanto y la celebración que le provocaba la vida. Celebración, espanto. Yo lo entendía porque también habitaba esa sensación de moribunda, sin tumor en la cabeza, sólo una herida ilocalizable en la memoria.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
aunque comulgué como un ahogado,
mientras en una celda
de mi memoria arrecia
la lluvia del sudeste.

No alcancé a llegar al crematorio pero llegué a Argentina. Bruno vivía aquí cuando los doctores encontraron esa cosa en su cabeza. Al respecto, él siempre mos-

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

traba el puño y señalaba con él el tamaño del tumor. A veces hacía la misma comparación con una manzana.

46

Se reía cada vez que me enseñaba en una tomografía aquella mancha negra que se extendía en su cabeza sin remedio, pero solía ponerse muy serio para leer con orgullo una línea suya: Aún crecen las flores si aún crees en las flores. Seguramente le hubiera gustado mucho que le contara sobre los muchachos de Poésía guerrera y le hubiera encantado el detalle de que para llegar a Isla Silvia había que tomar una barca. Seguramente hubiera respondido a mi anécdota con: Aún crecen las flores si aún crees en las flores. En una entrevista, Héctor Viel Temperley, a quien también le abrieron la cabeza varias veces en la vida, le cuenta a su interlocutor que cuando era muy pequeño, su madre lo llevaba en la espalda y caminaban al lado de un río. A ella se le cayó el niño al agua y él se hundió, se hundió. Recuerda haber visto un hilo de luz que atravesaba el agua y la dicha inmensa de haber salido del mundo. Luego, una mano lo volvió a poner sobre la tierra, sobre su realidad, sobre su historia de niño que intuye la muerte y lo terrible del mundo.

Yo recuerdo que cuando era niña me gustaba hacerme la muerta en los estanques.

Recuerdo, la angustia horrible en las tardes de domingo en la que los adultos dormían, su silencio como recordatorio de que un día morirían y recuerdo también entonces la belleza de hundir la cabeza en el agua y hacer de cuenta que el mundo no era lo que era, que los vecinos no golpeaban a sus esposas durante noches eternas, que los niños no eran tocados entre las piernas por manos adultas y familiares. Jugar a que

sólo existían esos peces, esa agua, ese silencio.

A Bruno le hubiera gustado mucho el detalle de que para ir a Isla Silvia había que ir sobre el agua, le hubiera encantado saber que después de mi visita he vuelto a hablar de la belleza mi infancia, aquí frente a ustedes. Que reconocí frente a los muchachos la herida que me convierte en moribunda, sin muerte próxima e inminente, sin dolor, y que su Argentina querida me regaló esa visita a Isla Silvia, donde recordé quién era yo, y volví a sentir ganas de escribir pero sobre todo me dio razón para hacerlo. Porque estaba francamente desconcertada con la idea de que la juventud no nos exime de la muerte, con la pregunta de si después de una vida tan breve y al mismo tiempo tan larga como la que algunos hemos tenido era posible el gozo verdadero.

Uno de los chicos me preguntó: ¿cómo te ves en el futuro? Y yo les dije que me veía en lo verde, rodeada de perros. Todos estuvimos de acuerdo en que la vida es tan complicada algunas veces que llegar a esa escena en la que la naturaleza nos repara y nos materna es lo único y lo mejor a lo que aspiramos. Ir a la Isla, que es como Madagascar, porque también ahí hay serpientes, perros y unos huertos con lechugas y flores comestibles, para recordar que la vida la hacen las cosas sencillas, que el empeño está en ir paso a paso, día con día, que eso sostendrá la desdicha cuando la tengamos y no nos dejará rompernos como antes nos hemos roto.

Quienes hemos vivido tragedias necesitamos razones para llevar a cabo el acto de vivir, pero encima es fácil olvidarse de la belleza del mundo. Cuando alguien te

la recuerda, no queda más que agradecer con todo el corazón puesto en ello. Yo recordé esto el otro día con los poetas guerreros, la vanidad del mundo se disolvió y quedamos nosotros, personas al encuentro verdadero de otras personas. Recordé que por eso la poesía salva la vida, porque contesta cuando se le pregunta y ayuda a abrazar el desconcierto. Recordé un día, en una sala de hospital, con alguien en peligro de muerte detrás de la puerta. No podía más que pensar en un poema: soy el nadador, señor, soy el hombre que nada, gracias doy a tus aguas porque en ellas mis brazos todavía hacen ruido de alas, soy el nadador, señor, soy el hombre que nada. Ese poema me sostuvo, me dejó ecuánime en mi sitio.

Yo confío en que los poetas guerreros sabrán remar en su vida como lo han hecho hasta ahora. Confío en ellos, porque veo la convicción y su deseo. Las viejas heridas no pueden apoderarse de lo que somos, forman parte de la urdimbre, también, del mapa que vamos trazando de nosotros mismos. Hay una religión africana en el que cada muerto tiene una suerte de mapa-bandera que le representa y no hay dos iguales. Cada quién deja un rastro. Yo vine a Argentina, entre otras cosas, para recuperar el deseo de escribir y de tener una vida buena y sencilla y lo recordé en Isla Silvia. La esperanza puesta en lo colectivo, a pesar de todo: podemos remar juntos en las olas de las heridas. Yo soy una persona con mucha suerte, y con eso me refiero a que algunas veces el tejido del mundo se me revela claro y que las coincidencias son la respuesta de lo divino que estaba esperando, con ese lenguaje tan complejo que tiene quien narra la vida. Haber venido a Argentina unos días después de la muerte del único amigo mexicano con madre argentina que tenía, en el

aniversario de la muerte de Pizarnik, haber ido en una barca con dos barqueros, Virgilio del mundo de Tigre, como lo son Madi y Julián, que Julián llevara el nombre de mi amado amigo el brujo, el mago, del que venía hablando en el tren con Maxi, mi editor, minutos antes de conocer a Julián de Isla Silvia, que fueran, de fondo, brujos todos los implicados, en el mejor sentido que tiene la palabra. Todo en este mundo es magia excepto para el mago. Encontré ese apunte en mi teléfono, sin especificar de dónde lo había tomado. Mira que haber viajado tanto para ir a Isla Silvia, junto a los poetas guerreros, a recordar que hay que ver la propia existencia como un acto de magia, como un juego en el que todo lo que sucede tiene sentido o lo tendrá. Cada hecho, doloroso y no, cada persona que nos cruzamos, cada animal que nos acompañó, cada árbol bajo el que nos guardamos, cada tragedia tienen una razón de ser para lo que somos más allá de nuestro cuerpo y esta vida extraña que nos reúne aquí.

Me gusta pensar que en el momento en el que yo me tenga que ir de este mundo, voy a cerrar los ojos y lo entenderé absolutamente todo, como creo que le pasó a Bruno, que para prepararse para develar el secreto, despertó del coma y pidió antes de morir un vaso de leche. Así, listo para su revelación, volvió a acostarse en su cama y se fue a la muerte.

Y la muerte no tendrá dominio

los desnudos muertos serán uno solo

con el hombre en el viento y la luna del poniente

cuando sus huesos descarnados

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

y los descarnados huesos se consuman,

48 en el codo y el pie tendrán estrellas

aunque se vuelvan locos, estarán cuerdos

aunque se hundan los mares, se volverán a levantar

aunque los amantes se pierdan

el amor no

y ya la muerte no tendrá dominio

¿Qué se dieron entre sí las sombras? La pregunta está,
por ahora, contestada.

¡Viva el resentimiento!

Diego Zúñiga

Una declaración de intenciones, una hoja de ruta, una convicción que busca seguidores, es un manifiesto. Puede ser de grandes causas y de pequeñas también. Cinco escritorxs hacen públicas sus luchas cotidianas.

Hoy les quiero hablar del resentimiento, del resentimiento social para ser más precisos: defenderlo, explicarlo y volver a defenderlo si es necesario. El resentimiento como una forma de mirar el mundo, una suerte de marco teórico, una guía para enfrentar la vida en todas sus dimensiones. Porque al final siempre se trata un poco de eso, ¿no?: uno baja la guardia y la vida te aplasta y te vuelve a poner en tu lugar. Quiero decir: uno baja la guardia y al lado se te sienta un muchachito sonriente que nació en el lugar indicado, en la familia correcta, rodeado de privilegios, y no te das ni cuenta y ya está instalado, probablemente dándote órdenes o haciéndote saber que el lugar de origen —en un país como Chile, al menos— lo determina todo, o casi todo: tu futuro, tu vida, lo que vas a hacer y, sobre todo, lo que no vas a poder hacer.

Mark Fisher decía que el resentimiento es un afecto

mucho más marxista que los celos o la envidia. “La diferencia entre resentir la clase dominante y envidiarla —decía Fisher— es que los celos implican un deseo por volverte la clase dominante, mientras que el resentimiento sugiere una furia hacia su posesión de recursos y privilegios”.

El resentimiento implica, sobre todo, memoria. Ya lo sabía, por ejemplo, Pedro Lemebel, a quien no le perdonaban, en la década de los noventa, en plena transición, que escribiera una y otra vez sobre la dictadura, sobre los pactos de silencio y sobre cómo una buena parte de la clase política que luchó por acabar con esa misma dictadura se terminó acomodando, sin asco, mientras Pinochet y sus amigos seguían ahí, sin ser juzgados. En Lemebel, el resentimiento era una estrategia política, el impulso necesario para movilizarse y mantenerse alerta, la fuerza innegable que él convertiría en una suma de textos brillantes, necesarios, urgentes, insolentes.

No les puedo explicar cuánto hemos extrañado a Lemebel en estos tiempos de revuelta chilena, cuando

Filba Internacional

28 de septiembre - 2 de octubre, 2022

50

a tantos se les cayeron las máscaras y han sacado a relucir un clasismo que se tenía bien guardado: escritores, artistas, críticos, filósofos. Tanta gente progresista que no pudo esconder sus miedos de clase, ahí, criticando a los extremos, igualando el fascismo con cualquier opción que buscara remover los cimientos de un sistema que no da tregua.

El problema no es dónde nacieron ustedes, cuicos, pijos, chetos, fresas, gomelos, sino qué hacen con ese origen. El problema es que se quieren pasar de listos casi siempre y entonces hablan de meritocracia, que llegaron ahí por sus propios méritos, cuando todos sabemos que empezaron a jugar el partido mucho antes de entrar a la cancha. No se pasen de listos. No sean pendejos. En Chile algunos empezaron a ver temblar un poco sus privilegios y se les salió el patrón que llevan dentro, el dueño de la hacienda. Por eso no se puede bajar la guardia.

Pero quiero volver a Lemebel y quiero convocar también al sociólogo francés Didier Eribon, que escribió sobre todos estos temas en un libro extraordinario titulado Regreso a Reims, donde decide enfrentar el tema de la vergüenza social. Eribon escribe: “Cada uno de nosotros lleva en sí la marca del lugar donde nació, del «lugar» que le corresponde o le correspondió anteriormente, pero que sigue siempre presente en todas las situaciones que puedan vivirse a continuación, a pesar de los cambios y las experiencias que se atraviesan. El tránsito es tal vez, de un modo u otro, alguien que ha huido, pero también alguien que no logra jamás escapar del todo, porque el mundo en que se encuentra le recuerda a cada instante que el mundo del que viene era diferente”.

Uno no puede escapar del origen, uno no quiere escapar del origen, entonces nos aferramos al resentimiento, que tiene que ver con un cierto deseo de justicia o, al menos, con un repudio inevitable ante lo injusto.

Didier Eribon descubre todo esto cuando ingresa a un campo cultural parisino en el que todos parecen estar preocupados por los grandes temas que afectan al mundo, pero donde nadie se da cuenta que se les sale la cuestión de clase hasta por los poros. Ocurre allá, ocurre acá seguramente y también ocurre, cómo no, en la literatura, donde se supone que lo que debiera primar es el talento y la calidad, pero donde sabemos —¿lo sabemos, cierto?— que eso, muchas veces, no es suficiente para que un libro llegue a donde podría llegar.

Recuerdo una feria del libro, con un escritor centroamericano, hablando sobre los fantasmas y las familias, o sobre recuerdos familiares o fantasmas familiares, algo así. Recuerdo que su historia familiar era impecable, imposible de no convertir en literatura: un abuelo que había sobrevivido a un campo de concentración y que luego devino boxeador en Centroamérica, un bisabuelo que había pertenecido al imperio austrohúngaro, una abuela amiga de un zar, en fin, la historia del siglo XX resumida en su árbol genealógico. Cuando me tocó hablar tuve que reconocer que de mi árbol genealógico no sé nada o casi nada porque está lleno de vacíos, de ramas cortadas, porque mi bisabuelo abandonó a mi abuelo entonces lo crió un señor cuyo nombre nadie recuerda, y los padres de mi madre crecieron en una salitrera, bajo el alero de unos tíos que no eran tíos y etc., etc., etc.: un árbol imposible de reconstruir, demasiados espacios vacíos como para de-

dicarles un libro: “La clase media es un problema si se quiere escribir literatura latinoamericana”, decía un amigo. Y creo que sigue teniendo razón. Quizá habría que escribir en contra de esa literatura de los abuelos —esos abuelos de los que usufructuaron todo lo que pudieron hasta que ya no quedó otra que escribir en contra de ellos y de sus fortunas hechas de forma bastante dudosa—, escribir en contra de la literatura de los padres y de los árboles genealógicos y en contra de esos escritores trepas, expertos en autopromocionarse, que tanto han logrado con tan pero tan poco.

Y encumbrar hacia lo más algo un elogio del resentimiento, como lo hizo hace un poco más de un año María Moreno, en una columna extraordinaria en la que decía: “El resentido —palabra en la que se puede escuchar también un sentido que no se clausura, que no cesa de corregirse— es aquel que se niega a recorrer del todo el pasaje a la zona de los privilegiados, el que no concede en recibirse de ser uno de ellos (...). El resentido no es el Gardel que se mimetiza con su smoking, ni el Monzón que se hace amigo de Delón, sí el Maradona que la embarra porque en la zapatilla más cara tiene la huella de Fiorito”.

Un elogio del resentimiento es también un elogio de la literatura plebeya que escribió Pedro Lemebel y que escribe hoy María Moreno, la mejor de todas, a la que le debemos tanto y que, curiosamente, por ejemplo, ya que estamos en esto, es una escritora que no tiene, hasta ahora, sorprendentemente ninguno de sus libros traducido a otro idioma, por ejemplo, ella, María Moreno, la mejor de todas, ningún libro en otro idioma mientras una lista interminable de cuicos, pijos, chetos, fresas, gomelos que jamás van a escribir una

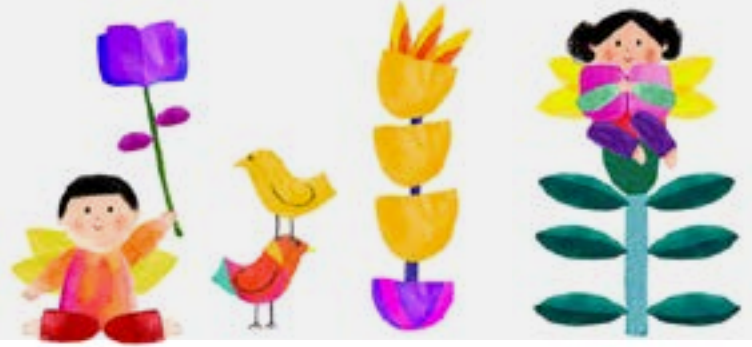
página que se acerque a la obra de María Moreno, andan por el mundo hablando de sus novelas y sus obras.

¿Cómo no vamos a querer salir a quemarlo todo?



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022



Esa relación animal con el mundo

Belén Campero

52

*No tienes que ser buena.
No tienes que atravesar el desierto
de rodillas, arrepintiéndote.
Solo tienes que dejar que ese delicado animal
que es tu cuerpo ame lo que ama.*
Mary Oliver

Si nos preguntamos por la naturaleza y la literatura, a primera vista ambas parecen inconmensurables. Pero si nos detenemos brevemente y hacemos el esfuerzo de indagar acerca de qué es lo que nos interesa contar o compartir con otros, nos damos cuenta de que estamos pensando en la animalidad, en la vegetación, en lo que crece, en lo que duele, en lo que muere, en definitiva, nos damos cuenta de que la escritura se trata de lo viviente.

El hecho de vivir (zoé) tiene por simpleza ser común a todos los que viven y por complejidad la necesidad de que cada viviente encuentre una forma que le sea propia (bios). Roberto Esposito tiene la idea de que toda vida es forma de vida y toda forma de vida ha de referirse a la vida. Hay un constante ir y venir entre lo común y lo singular.

Con la literatura, pasa también, ella viene a quebrar el sentido de lo dado, es el instrumento que nos permite inventar un mundo nuevo, es la única capaz de atravesar los intersticios de las formas.

Pero, si imaginamos un diálogo entre la naturaleza y la literatura, este no se dará por sí solo, es el acto de la escritura el que lo hace posible. La escritura hace que

ambas pierdan su carácter de inconmensurabilidad, las saca de la abstracción, las vuelve hacia nosotros, cercanas, vivientes.

Para vivir necesitamos un lugar particular, *oikos* decían los griegos. Todos los vivientes somos capaces de construir nuestra propia casa. Podemos elegir entre varios elementos, distintas formas o técnicas. Nosotros tenemos la escritura, ahí podemos permanecer y resguardarnos.

Pero, además, escribir exige que salgamos de nosotros mismos, supone siempre otro(s). Y esa es su llegada al territorio de lo poético.

Primer vestido
todas tenemos
el mismo secreto

guardamos en el cuerpo
un lugar
con forma de casa

la mía
es color pomelo



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022

hay una perra
no
dos
madre e hija
juegan en patios distintos

un limonero
una carpa de tela
con cierre rojo

lombrices
palomas mensajeras
bichos bolitas

una tortuga
migas de pan
que mojamos
con leche y azúcar

gorriones
vienen a comer

huele a romero
dulce
de naranjas
pan
berenjenas

la piel
transpira voces
que cantan

repiten

nada de lo que está acá

puede perderse

Salidos de nosotros encontramos, en nosotros mismos, la naturaleza –la propia y la del mundo–. Jacques Derrida nos presenta lo poético como aquello que queremos aprender, pero del otro, gracias al otro y dictado y que el poema es eso mismo que aprende el corazón, que inventa el corazón que es, en definitiva, lo que aprehende de memoria la palabra.

La escritura emerge para poder decir lo otro, para aportar un contrasentido a lo preestablecido, para hacernos un lugar.

Escribir (nos) hospeda y nos deja ver nuestra matriz en el corazón de las cosas.

La escritura poética requiere del olvido del concepto, de su salvajismo. Es eso que se pronuncia como lo no definible, es ese misterio, eso desconocido que nos devuelve la duda sobre el sentido de la vida y nos deja inventarlo. Tenemos que asumir la incomodidad del vacío, de lo otro, de lo ajeno y procurar, a partir de ello, una transformación, propia.

Es necesario trascender ese imperativo que nos lleva a traducir el mundo en un lenguaje que no nos pertenece. Ida Vitale sostiene que el poema es como un cuerpo que nosotros estamos desnudando y no podemos dejarlo en el mundo así, hay que vestirlo con otra piel, con otra lengua que a veces se presta y a veces no. Y Gastón Bachelard, en la Poética del espacio, nombra los hábitos del pájaro Squatter, el cuco, que pone un huevo en un nido que no es suyo. Algo así ocurre con el poema cuando se apropia de las palabras y las pone en acción de una forma nueva, otra.



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022



54

La escritura nos presenta una naturaleza inestable, caótica, en constante movimiento, que no se deja atrapar por criterios fijos y estancos. Cuando escribimos podemos agarrar cualquier palabra y ponerla entre la vida y la muerte, la noche o el día, hacerla propia y común, pública o secreta.

Lo poético abre, trae nuevas preguntas, se inaugura desde la inquietud. *Si todo pudiera ser dicho, si las palabras alcanzaran la médula de las cosas, no existiría la poesía*, asegura Claudia Masin.

Lo poético nos deja asistir al comienzo continuo de las cosas.

Entonces ¿cómo recuperamos nuestra relación animal con el mundo?

Escribiendo.

Vivir es escribir(nos).

La escritura le devuelve al cuerpo los sentidos: la escucha, el tacto, la vista, el gusto y el olfato; pero, claro, sin que estén mediados por el concepto. Le permite descubrir la música del universo, de la tierra, de la palabra.

¿Hasta dónde nos puede llevar una voz, una sensación, un ritmo? ¿Hasta dónde, la escritura?

Volver al gesto, reponer al cuerpo su animalidad.

Somos parientes de los peces nos recuerda Clara Obligado.

Dejarnos llevar.

Volver al gesto

mirar el río

vernos.

para remedio

el tilo

flora en primavera

las hojas caen

abonan la tierra

de niña me concentraba

en su perfume

quería solo eso

que estas flores

amarillas

duraran para siempre

La sabiduría de las bestias

todo puede usarse



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022

Mi pingüino, mi lobo y yo

Julia Coria

Con la mudanza aparecieron más fotos. En la que ya tenía, en la histórica, estoy en el patio de mi casa de Adrogué. El sillón me queda enorme, mis piernitas en el aire. Llevo un jardinero de jean y una polera de lana de la que deduzco que no era verano como en mi recuerdo. El pingüino en mis brazos podría parecer de peluche pero hay algo animado en sus ojos apenas distinguibles en la escala de grises de la foto ¿sabrán añorar los pingüinos? ¿podrán extrañar el mar?

Por entonces mi abuelo tenía un Citroën blanco y los viajes Adrogué-Mar del Plata, Mar del Plata-Adrogué duraban tanto que salíamos de madrugada y podíamos llegar cerca de la noche, no solo porque íbamos a una velocidad que no merecía llamarse así sino porque yo me mareaba y vomitaba y había que limpiar el desastre y también porque cada dos por tres el motor recalentaba obligándonos a parar a la vera de la ruta y todas las veces mi abuelo perdía los lentes de ver de lejos y los buscábamos con desesperación y cómo podía ser que nunca empezáramos por abrir el capó si siempre habían quedado ahí, junto al motor hirviente. Por supuesto el Citroën no tenía aire acondicionado y nunca viajábamos menos de cinco pasajeros (mis

abuelos, mis tías, eventualmente algún novio de ellas y yo, boyando entre el asiendo delantero y los de atrás; si ya existían los cinturones de seguridad, no nos habíamos enterado).

El pingüino viajó con nosotros en el Citroën. Lo habíamos encontrado en una playa de nuestras vacaciones porque alguna vez hubo pingüinos en la costa marplatense. En las fotos que recién encuentro mi abuelo me rodea con un brazo y con el otro, extendido, le ofrece una carnada ¿migas de un barquillo? ¿pedacitos de churro? La leyenda familiar dice que el pingüino estaba empetroado y que por eso nadie tuvo reparos cuando yo insistí en llevarlo a casa. De algo hay que morir.

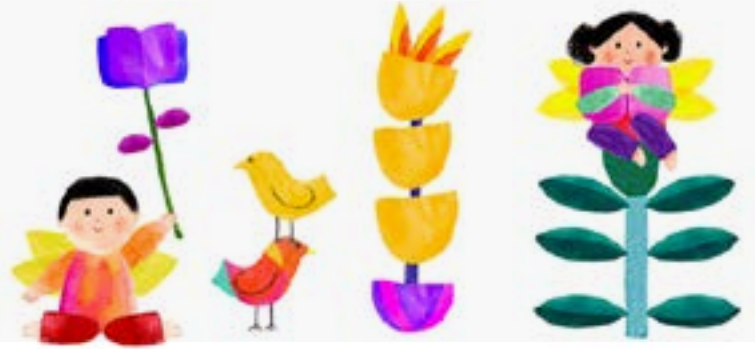
Pero ahora, en las fotos, el pingüino me parece perfectamente limpio y sano. Recién comenzaba la década del ochenta, no existía la conciencia ecológica y mis abuelos tenían una nieta huérfana que consentir.

Qué suerte que quise un pingüino y no un lobo de mar. Lo hubiéramos cargado en el Citroën entre mis tías Cristina e Isabel; el novio de rigor hubiera debido volver en micro. Sin dudas hubiera hecho más rápido que nosotros, ralentados por el sobrepeso de mi lobo



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022



triste. Moriría en una pequeña ciudad del conurbano bonaerense, luego de tomarse una foto conmigo, en sus ojos la nostalgia y en los míos un despotismo macerado en amor incondicional.

Quisiera por una vez volver a zambullirme ahí, en lo que añoramos, mi pingüino, mi lobo y yo.



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022

Elogio del cemento

Verónica Sukaczer

57

Mis conocimientos sobre la naturaleza son vastos y abarcan casi todos los campos de la misma, o sea: de todo lo que existe y que está determinado y armonizado por sus propias leyes, tal cual explica la Real Academia Española.

Como mis conocimientos son vastos puedo afirmar, sin lugar a dudas, que:

Las plantas crecen en macetas. Las macetas crecen en los balcones. Los balcones son apéndices de los edificios. Un edificio en el barrio porteño de Flores es mi rincón en este mundo.

Y puedo afirmar más: los árboles nacen entre rectángulos de cemento y, a medida que crecen, entablan una lucha desigual contra los materiales. Existen dos marcas de pájaros: palomas y todos los que no son palomas y, por lo tanto, imposibles de clasificar.

Que salga o no salga el sol depende, estoy casi segura, de la altura de los edificios.

Por las mañanas, la gente se despierta con el ruido de la camioneta que pasa anunciando que compra colchones y electrodomésticos en desuso.

La lluvia siempre es bella y triste, como escribió González Tuñón, y el perfume que preanuncia las tormen-

tas furiosas de verano, es tal vez uno de los aromas más hermosos que existen, como el del café recién molido.

Es bella a su modo, misteriosa, ruidosa, a veces salvaje, pálida, la naturaleza que me rodea en este mismo momento en que escribo: una calle en donde ningún automovilista estaciona donde corresponde, postes, cables, edificios, balcones con guirnaldas de luces, perros en los balcones, un pequeño trozo de cielo tras las rejas necesarias para que ningún hijo se me caiga desde el cuarto piso. Y vidas, vidas que se asoman y que se guardan, vidas que espiamos, que nacen, crecen y mueren o se mudan sin que nunca hagamos el contacto visual que deseamos.

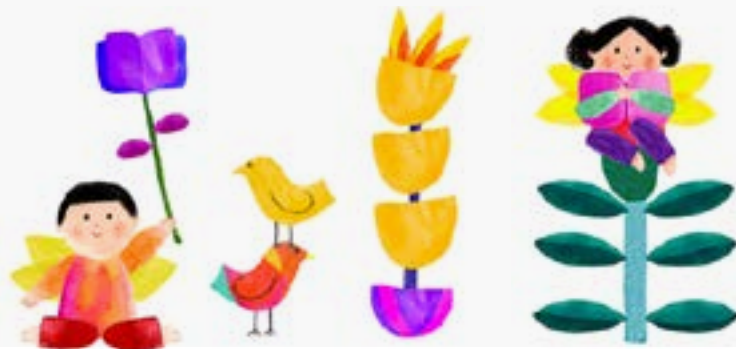
Esta naturaleza en la que vivo me obliga a observar muy bien esa otra naturaleza que tiene mejor prensa, plagada de colores, de sombras engañosas, de olores, de soles que duran demasiado tiempo y de ruidos que no sé identificar o de silencios inmensos que me hacen sentir muy sola, muy pequeña.

Me obliga a observar, digo, para aprenderla, para entenderla, para traerla a los textos en donde cómo no va a haber un poco de naturaleza. Así, el eucalipto que



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022



58

me daba sombra en la pileta del club, se transforma en el eucalipto que alberga a dos pájaros recién liberados en la novela *Lindo día para volar*. Conozco ese eucalipto, su forma, el perfume que liberan sus hojas al partirlas.

Así, ese verano en Las Grutas, ese viento mortal que te arroja toda la arena del mundo, esa maravilla que sucede con las mareas, que el mar se retira y de pronto te permite caminar sobre su fondo, y luego regresan las olas lentas pero tenaces y engullen la playa completa con hambre de conquista, se convierte en el escenario de la novela *La última palabra*.

Me alimento de esa naturaleza, la absorbo, pero no es mía. Lo sé, lo siento, me excede, me agobia su falta de límites, de líneas rectas, de carteles indicadores, de comercios donde conseguirlo todo, de cafés donde soñar que un día seré una escritora que escribe en cafés.

Tres a cinco días me parece un tiempo prudencial para vivir en esa naturaleza que llamaremos verde, tan solo por ponerle una etiqueta. Observar las inmensidades, otear los horizontes, oler todas las flores, experimentar encuentros cercanos con la vida animal, airearme, como si fuera una vieja planta de interior que cada tanto hay que sacar al sol. Al sexto día algo comienza a sucederme, ansiedad, nervios, el corazón se acelera, quiero irme.

Por eso necesito reivindicar y elogiar mi naturaleza de cemento, de hormigón, de cables, de caos, de peatones, de tránsito pesado, de trámites, de smog.

Mi naturaleza plagada de vida natural: mosquitas de la fruta, cucarachas, una perra con pulgas, pececitos de plata. ¿Puede haber algo más hermoso que un bicho llamado pececito de plata? Es ese parecido a un pequeño gusano, o no tanto, que se mueve buscando

la humedad y deja, a su paso, un leve camino plateado. Ama los libros, como yo, por eso los compartimos, les pido que se coman solamente las palabras que sobran en los textos, las que estorban, las que solo sirven para alimentar pececitos de plata.

Alguien tiene que decirlo: la naturaleza verde está sobrevalorada, puesta en un pedestal de lo que está bien. Sin embargo, pregunto, si la naturaleza es todo lo que es natural y somos seres naturales, ¿no es también natural aquello que construimos?

Me defino constructora. Me alcanza con el poco verde que me rodea. Con las lluvias bellas y tristes y las tormentas de verano. Me alcanza con el pájaro, que no es paloma, que está ahora parado sobre una antena frente a mi ventana. Tal vez todo ello, en su justa medida, es lo que permite que sea mi imaginación la que no tenga límites. Porque la escritura es siempre una búsqueda de lo que no tenemos, de las preguntas que nos hacemos, de las realidades que quisiéramos vivir, de los miedos que no nos animamos a pronunciar. Una búsqueda de la belleza en la fealdad, de lo luminoso en lo oscuro.

Por eso yo no planto plantas (en general tiendo a matarlas), no me quedo horas mirando el camino que hace una hormiga desde el contenedor de basura hasta la alcantarilla, no conozco los nombres de los vientos que me despeinan y odio profundamente los plátanos que me rodean.

Yo planto palabras, solamente, las riego con esmero y las cuido con los mejores manuales de gramática. Planto palabras que dan flores y palabras con espinas. Palabras que necesitan mucha luz y palabras que crecen bajo el resguardo de otras palabras. Palabras que andan en cuatro patas y palabras que se deslizan sobre la tierra. Palabras que me transforman y palabras que



Filbita

10 - 13 de noviembre, 2022

me nombran. Y esa es toda la naturaleza que necesito.

Julio Cortázar lo dijo mejor que yo:

Ahora escribo pájaros.

No los veo venir, no los elijo,

de golpe están ahí, son esto,

una bandada de palabras

posándose

una

a

una

en los alambres de la página,

chirriando, picoteando, lluvia de

alas

y yo sin panes que darles,

solamente

dejándolos venir. Tal vez

sea eso un árbol

o tal vez

el amor.



MALBA



FUNDACIÓN WILLIAMS



RUTH BENZACAR
GALERÍA DE ARTE



fundación suiza para la cultura
prohelvetia



udp FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LETRAS



Jardín Botánico de la Ciudad Carlos Thays



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Embajada de Suiza en Argentina



global

pípala



Grisino
1994 nos juntó



Quipu



Periplo ediciones



Norma



ojoreja

FILBA
FUNDA CION